
LOS VAMPIROS
de la MUERTE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
LEO MACDONAL
Ibanez

LEO MACDONAL

LOS VAMPIROS DE LA MUERTE

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 97.—1962.

Número de registro: 6376.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

U

no de los hombres más eminentes de la Tierra era, sin duda, el profesor Waret. A él se debían una serie de descubrimientos que abrieron un ancho campo a la ciencia. Suyo era el logro del plutogás, un combustible de tal potencia y economía que había desterrado de una manera definitiva al átomo desintegrado Tanto es así que aquellos sabios que dividen la historia de la Tierra según el combustible reinante, decían que la Tierra había pasado por cinco períodos o eras: La Era de la tracción animal; la del carbón; la de la gasolina; la del átomo desintegrado y ahora daba comienzo la del plutogás.

Pero no sólo era el descubridor de ese combustible maravilloso. Sus experiencias dentro de la física, la química y la aeronáutica espacial eran desconcertantes y admirables.

Desde hacía algunos años, poseía el secreto de transformar el silicio, mediante una serie de reacciones químicas sólo por él conocidas, en oxígeno. Ese secreto le permitía vivir tranquilamente en la Luna, en un gran palacio-laboratorio, todo de cristal y en forma de campana que había ordenado construir.

Sabido es de todos y por todos que la Luna carece de atmósfera, de ahí que los terrícolas, aunque hacía ya muchos siglos que la habían explorado, no se afincaron en ella porque la vida allí resultaba cara y difícil. Sólo el profesor Waret, y gracias a su fórmula, podía hacer en el cercano satélite una vida normal y plácida acompañado de sus tres ayudantes, eminentes profesores los tres, e incondi-cionales del prestigioso sabio. Eran estos Oltra, hombre todavía joven, entusiasta y ambicioso; Man, de mediana edad, inteligentísimo y con grandes ansias de superación y Yer, hombre de grandes inquietudes y sobrino del maestro.

Aquellos cuatro hombres vivían solos y para la ciencia, en el vecino satélite sin que nadie los molestase en sus profundos estudios.

Pero aquella calma se rompió.

Yer, por orden de su tío, había emprendido el viaje hacia la Tierra para adquirir una serie de materiales que al profesor Waret le hacían falta. En la Tierra, Yer se enteró de cosas muy interesantes. Cuando volvió a la Luna las comentó con su tío.

—¿Sabes que las teorías del viejo profesor Wandel son ciertas?

El profesor Waret estaba distraído en aquellos momentos y preguntó casi sin darse cuenta de lo que hacía:

—¿Qué tonterías son ésas?

El sobrino le miró sorprendido. Era raro que su tío no las recordase, pero se levantó de hombros al decir:

—La de los hombres gusano.

El profesor Waret dejó de pensar en otras cosas. Elevó una ceja casi hasta la mitad de la ancha frente. Aquel gesto era habitual en él cuando algo le interesaba en gran manera.

—¿Cómo lo sabes ?—preguntó intrigado.

—Pues que... bueno... sencillamente porque el profesor Duglas y Curtis están estudiando sobre esos hombres gusano.

El profesor repitió despaciosamente:

—¿Estudiando sobre esos hombres gusano? No comprendo nada de lo que me estás diciendo, Yer. Según el profesor Wandel, hace más de trescientos años desaparecido, los hombres gusano eran unos seres que vivían en Neptuno y de allí, gracias a un piloto loco, pasaron a ocupar ciertos planetas y asteroides pero al no poderse aclimatar murieron. Ya no quedan sobre la faz del Sistema Planetario Solar. Si alguna vez existieron, cosa que no está del todo probada, han desaparecido.

—Eso es lo que todos creíamos. Pero estábamos equivocados.

—Explícate.

—Según me he podido enterar, los profesores Curtis, Adam, Duglas y Tatiana, acompañados de varios elementos más del ejército, tenían que ir a Titán, al satélite de Saturno, no sé a qué misión. Pero en el camino se les estropeó la aeronave y tuvieron que hacer una escala forzosa en el planetoide Ceres. Allí es donde encontraron a esos hombres gusano. Tuvieron que luchar contra ellos y después de vencerles se trajeron varios de esos ejemplares para hacer experimentos. Según me han dicho, la piel de esos hombres gusano tiene una serie de propiedades verdaderamente maravillosas. Duglas y Curtis creen que podrán sacar grandes beneficios para las armas terrícolas de los estudios que están llevando a término.

El profesor Waret se quedó silencioso. ¿Así que era cierto lo de los hombres gusano y a él no le habían dicho nada? Aquello era un sucio complot, una jugada burda. Él era el sabio más eminente de la Tierra y a él le correspondía el estudio de aquellas pieles maravillosas. ¡Le habían postergado! ¡Pero no se quedarían así las cosas! ¡Estaría bueno! ¡Iban a saber en la Tierra quién era el profesor Waret!

—Prepara la aeronave, Yer. Nos vamos a la Tierra.

El sobrino esperaba que su tío se enfadase un poco, él también lo estaba, pero no tanto como se podía leer en sus ojos color de acero.

—¿ Piensas ver a Duglas y a Curtis ?

—No. Esos sólo son que simples mentecatos a mi lado. No sirven ni para ser mis ayudantes. Iré a ver al Presidente de las Naciones Unidas. Él es el que tiene toda la culpa de lo que ha sucedido. Si alguien en la Tierra es capaz de sacar grandes provechos de esos hombres gusano soy yo. Nadie más que yo. ¡Prepara la aeronave! Nos marchamos enseguida!

Y Yer salió del amplio y hermoso laboratorio de su tío.

Cuando se quedó solo, el profesor Waret dio rienda suelta a su malhumor y pulsó el botón del dictáfono.

—Oltra, Man, venid inmediatamente. Tengo que hablaros.

Minutos más tarde los dos ayudantes entraban en el laboratorio particular del sabio.

—Sentaos. Nos vamos a la Tierra. —Y en pocas palabras les contó lo que Yer le dijera.

—Eso es una verdadera cochinada—dijo Oltra dejándose llevar por su natural vehemencia—. Lo menos que hubieran podido hacer era comunicárselo.

—Desde luego—afirmó Man—. Una invitación no les hubiese costado mucho trabajo.

—Esos... bueno, no quiero calificarlos...—dijo el sabio fuera de sí

—han querido guardar el secreto para después salir diciendo que ellos son más competentes que el profesor Waret. Estoy comprendiendo la jugada. ¡Y los pobres sólo son unos aprendices! ¡Pero el Presidente me escuchará, vaya si me escuchará!

En aquel momento entró Yer.

—La aeronave está preparada.

—Pues vamos. Ya seguiremos los experimentos cuando volvamos. ¡Ahora verán quién es Waret!

Los cuatro hombres salieron del laboratorio y montaron en la pequeña aeronave.

Minutos después, volaban por el espacio.

* * *

Ginebra, la capital de los Estados Federales de la Tierra, vivía momentos de gran excitación. La llegada imprevista del profesor Waret la relacionaba, la imaginación febril de los ciudadanos, con algún descubrimiento de sensacional importancia. En todos los sitios, oficinas, fábricas, industrias, bares, salas de espectáculos, en mitad de la calle, no se hablaba de otra cosa. El ilustre visitante acaparaba la atención de todo el mundo.

En el lujoso despacho del Presidente de las Naciones Terrícolas, el profesor Waret, irritado y nervioso, no cesaba de hablar:

—Esto que han hecho conmigo, señor Presidente, no tiene calificativo. Yo no digo que se me hubiese dado la exclusiva en esos estudios. Estoy de acuerdo que el profesor Duglas, así como Curtis y Tatiana, hubiesen investigado. Ellos, por las causas que fueran, descubrieron a esos hombres gusano y los vieron actuar en vida y tenían perfecto derecho. Lo que ya no estoy de acuerdo, es que a mí no se me dijera nada. Juntos podríamos hacer el trabajo con la seguridad que se hubiese sacado mucho más rendimiento. No voy a negar la valía de Duglas, Curtis y Tatiana, es de todos conocida y reconocida, pero tampoco se me puede negar a mí los conocimientos que poseo sobre física, química y astronáutica. ¿Creo que me estoy explicando con bastante claridad, no es así, Presidente?

El Presidente escuchaba al sabio y en su interior le daba la razón. Había sido un olvido imperdonable… pero los acontecimientos se deslizaron… de una manera tan rápida e imprevista que… nadie reparó en el profesor Waret. La culpa de todo quizá la tuviese que el eminente sabio afincado allá en la Luna, se hacía poco visible en la Tierra.

—Tiene razón, profesor Waret, pero…

—No hay ningún pero—cortó irritado—. Se me ha postergado y esto no podré perdonarlo jamás. Siempre me ha gustado llamar a las cosas por su nombre y en esta ocasión se ha hecho una coalición en contra mía.

—No hay que llevar las cosas tan... a los extremos. Fue un olvido... un lamentable olvido que... yo trataré de subsanar.

—No, señor Presidente. Ya no se puede subsanar nada. Además un olvido por imperdonable que sea no justifica nada. Yo soy el sabio más eminente de la Tierra y a mí me correspondía llevar la dirección de esos estudios e investigaciones, No se ha hecho así, se ha caído en falta.

Y como en este caso el que tiene que juzgar la gravedad de esa falta soy yo, la condeno irremisiblemente. Y ahora, buenos días. Me marcho. Pero yo le aseguro, señor Presidente, que la Tierra no volverá a olvidarse del nombre del profesor Waret.

Y dando un fuerte portazo salió del despacho. El Presidente, conocedor de las rarezas de los sabios, no le dio demasiada importancia a las irritadas palabras del profesor. Se limitó a sonreír y a mirar significativamente al Secretario de Estado que había estado presente en la entrevista.

—Si todos los humanos fueran sabios, sería imposible gobernarlos. Menos mal que profesores Waret hay muy pocos—comentó humorísticamente. El Secretario de Estado sonrió taimadamente. Era un hombre alto y delgado, de unos 43 años de edad. Había conseguido el puesto por su gran inteligencia en el campo político y militar. Pero tenía un gran defecto. Su desmedida ambición. Ricardo Piera, que así se llamaba, aspiraba a ser el dueño no sólo de la Tierra, sino de todo el Sistema Planetario Solar.

—Tiene usted razón, señor Presidente—dijo hipócritamente mientras que una idea maquiavélica iba tomando forma en su mente maestra en intrigas y traiciones.

* * *

Un bólido pasó raudo por la amplia avenida. Se detuvo frente al imponente edificio de un lujoso hotel. Del bólido descendió un hombre alto, de inteligente mirada. Era Ricardo Piera. Cruzó decidido el umbral del hotel y llegó al amplio mostrador de la conserjería.

—¿El profesor Waret?—preguntó.

El uniformado conserje conoció inmediatamente al ilustre visitante y respetuosamente contestó:

—Habitación 804.

—¿Está en el hotel?

—Sí. Hace poco que llegó.

—Avísele. Quiero verle.

El conserje pulsó el botón del dictáfono. Segundos más tarde se escuchaba la voz inconfundible del sabio:

—¿Qué desean?

—Su Excelencia el Secretario de Estado desea verle, profesor.

—Que suba.

Ricardo Piera acompañado de un elegante y solícito botones, subió al ascensor. Un minuto después estaba ante la habitación del sabio.

Pulsó el timbre y Yer abrió la puerta.

—Pase, mi tío le está esperando.

Waret recibió enseguida a Ricardo Piera.

—Siéntese. ¿Qué es lo que desea?

Ricardo miró significativamente a Yer. El sabio se dio cuenta de que deseaba hablar en privado. Por eso le dijo a su sobrino:

—Puedes marcharte. Ya te llamaré si te necesito.

El joven salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Cuando estuvieron solos, el sabio volvió a preguntar:

—¿Usted dirá?

Ricardo Piera sonrió. Maquinalmente se alisó los pantalones con su larga y cuidada mano y después dijo:

—Profesor, si he venido a visitarle ha sido guiado por la extraordinaria admiración que por usted siento. Ha sido muy doloroso para mí, ver cómo se le postergaba en el importantísimo asunto de los hombres gusano de Ceres. Excuso decirle que si yo hubiese tenido autoridad suficiente, hubiera sido usted y no otro el encargado de hacer las investigaciones pertinentes con la seguridad completa de que les sacaba el mayor partido. Pero aunque yo pronuncié su nombre, nadie me hizo el menor caso.

El profesor, halagado por las palabras de su interlocutor, dijo sonriente:

—Muchas gracias. Sé que tengo muchos amigos, pero también he conseguido enemigos. Estos últimos quieren mandarme al rincón del olvido, pero eso es muy difícil, por no decir imposible.

Ricardo Piera asintió:

—Sí, tiene enemigos y muy poderosos. Entre ellos se encuentra el propio Presidente —las mentiras fluían de la boca del secretario de

Estado con la misma facilidad que si hubieran sido las más grandes verdades—. Yo, tengo que confesarle que también he caído en desgracia y precisamente por defender su causa. Hoy mismo, después de que abandonó usted el despacho del Presidente, tuvimos una seria discusión.

—Siento en verdad lo que ocurre. Yo...

—No lo sienta, profesor. Yo me alegro. Tenía ganas de que llegase este instante. A mí me hubiera agradado visitarle en su palacio de la Luna pero no me atrevía a romper su tranquilidad con mis asuntos. Usted está tan alto que no puede prestar atención a los problemas de un hombre como yo. Si hoy me he atrevido ha sido porque sabía que se había tomado un día de descanso...

El profesor, cada vez más halagado en su íntima vanidad, repuso:

—Por favor. Si hubiese venido a la Luna, le habría recibido encantado. Además, sus problemas, lo mismo que el de mis amigos y usted ha demostrado serlo, me interesan en grado sumo.

—Le agradezco sus palabras. Ellas me animan a contarle mis tribulaciones. Yo, como secretario de Estado, estoy enterado de una serie do cosas que horrorizarían a cualquiera. El Presidente trata de adueñarse, de una manera brutal y canallesca, de la Tierra, utilizando la fuerza. Su idea es hacerse un dictador absoluto y autoritario para calmar su sed insaciable de mando. Yo me opongo terminantemente, pero hay otros hombres que le apoyan.

—Eso es una iniquidad—respondió el sabio.

—Lo es. ¿Pero qué vamos a hacer los que no poseemos armas?

—Usted tiene una gran inteligencia, es un gran político y un excelente militar.

—En efecto, pero el ejército hoy está de parte del Presidente.

El sabio se quedó meditando unos segundos.

—¿Cuál es su pensamiento?

Ricardo Piera se felicitó a sí mismo por el buen curso que tomaban los acontecimientos.

—Si tuviera la ayuda de un hombre como usted, podría salvar a la Tierra de su tirano.

—¿Cómo ?

—Utilizando su prodigiosa inteligencia creadora y mis conocimientos bélicos.

El sabio levantó la ceja hasta la mitad de la frente. Luego dijo:

—Cuente conmigo.

—Gracias. Usted y yo unidos lograremos imponer la paz y el

orden en todo el Sistema Planetario Solar.

Ricardo Piera, con sus mentiras y halagos, habíase captado la confianza de aquel hombre eminentísimo. Y el profesor, halagado en su vanidad, había mordido el anzuelo sin sospechar que aquel hombre sólo buscaba su medro, su ambición.

CAPÍTULO II

Una serie de acontecimientos habían sumido a la Tierra bajo un manto de nerviosismo y de terror.

El primer acontecimiento de la serie fue la desaparición del Secretario de Estado, Ricardo Piera. Por más que la policía y el Servicio Secreto investigaron, no dieron con su paradero. Era como si se hubiese volatilizado. Dos meses después, se encontró un cuerpo mutilado, destrozado, con la documentación del Secretario. Continuaron las investigaciones y nada se había sabido de los criminales que habían raptado primero y asesinado después a Ricardo Piera. Después, fueron sucediendo cosas muy parecidas. Desaparecían ilustres personajes de la política, de la ciencia, de las artes y de la milicia sin que nadie se explicase cómo. Más tarde aparecían destrozados y bárbaramente mutilados.

Todos los servicios policiales de la Tierra funcionaban a toda «presión», como decía el Presidente, sin que la más remota luz se vislumbrase en el oscuro misterio.

Desde hacía unos meses que la cosa se había agravado considerablemente. Según información recibida por algunos ciudadanos, se habían visto en distintas latitudes y lugares de la Tierra a unos seres repulsivos en forma de extraños pajarracos. Muchos aseguraban que eran vampiros, otros, hombres que se transformaban en pájaros; los más tenían la creencia que eran hombres-pájaros oriundos de otros sistemas planetarios que habían cogido como campo de experimentación a la Tierra.

Lo que sí estaban todos de acuerdo era en la potencia descomunal de aquellos extraños vampiros. Poseían una fuerza enorme, así como una potencia de vuelo nada común. De su repulsiva boca salían unas llamaradas verde-azules que desintegraban cuanto alcanzaban. Sus garras, compuestas de cinco largos dedos cada una, eran otros tantos cañones que lanzaban unos proyectiles pequeños y bacteriológicos.

Era creencia popular que las desapariciones y muertes que venían ocurriendo desde hacía algún tiempo eran debidas a estos extraños y peligrosos monstruos.

Lo cierto del caso era que, pese a todos los esfuerzos realizados, no se había conseguido atrapar a ninguno de estos vampiros y el misterio continuaba insoluble.

En las altas esferas, ya que no se había podido comprobar de una manera fidedigna la existencia de esos vampiros, se creía que todo era producto de la imaginación febril del pueblo.

El Presidente había reunido en su despacho particular a altas personalidades de las ciencias y de policía.

—Yo le aseguro—decía en aquel momento el profesor Duglas, jefe y alma del G.I.C.N.U.T. (Gabinete de Investigaciones Científicas de las Naciones Unidas de la Tierra) —señor Presidente que esos misteriosos y prodigiosos hombres- pájaro, no son nada más que producto de la fantasía popular.

—Pero profesor—le contestó en aquel momento un muchacho de unos 26 años, alto y fuerte que ostentaba el grado de comandante del Servicio secreto de Armas Siderales—no debemos ser ni tan escépticos ni tan tajantes en nuestras afirmaciones. Han sido ya muchos los ciudadanos que los han visto. Todos no se pueden haber equivocado.

—Pues se equivocan.

—¿Y cómo explica usted el caso de que todos coincidan en su descripción?

El profesor Duglas sonrió:

—Muy sencillo, querido comandante. Los periódicos y las revistas se han cansado de reproducir la noticia y hasta más de un dibujante ha tratado de diseñar la configuración de esos... hipotéticos vampiros.

—¿Entonces usted cree que...?

—Que son producto de una autosugestión en masa.

—¿No cree que eso es demasiado?

—No. Ni sería el primer caso que ha pasado en la historia de la Tierra. Ya tiene sus antecedentes. Hace ya muchos siglos, por el año 1950, también ocurrió una cosa muy parecida. Según un prestigioso cronista de la época, un tal Fernando Marimon, la gente «veía» unos aparatos voladores en forma de platos y se les dio en llamar «Platillos Volantes». También la Prensa daba noticias sensacionales y más de un sabio aseguró que eran aeronaves procedentes de Marte. Aquello fue suficiente para que en diversas partes del globo se «vieran» marcianos y hasta alguno más atrevido o más imaginativo, dio su descripción. Hoy sabemos que Marte está habitado por hombres que partieron de nuestro Planeta y allí se afincaron. Los «Platillos Volantes» sólo fueron una burda mentira inventada por un visionario y que la Prensa y los escritores sensacionalistas se encargaron de difundir,

autosugestionando a los incautos ciudadanos. Pues bien, una cosa muy parecida es lo que está sucediendo en estos instantes. Esos pajarracos o lo que sean, no son nada, nada… sólo imaginación.

El comandante Luis Andersen no dio su brazo a torcer:

—Puede que en aquella ocasión ocurriese lo que usted dice, yo no lo he leído y creo en sus palabras. Pero hoy es distinto. ¿Qué me dice a mí de las misteriosas muertes y desapariciones?

El profesor Duglas se encogió de hombros:

—Yo no soy un policía, sólo un hombre de ciencia. Esas desapariciones pueden tener como base y origen una organización criminal que quizás ella mismo haya difundido el bulo de esos vampiros para estar más a cubierto. Mientras nosotros nos dedicadnos a buscar la procedencia de los pajarracos con cañones y llamas desintegrantes, ellos llevan, impunemente, su tarea criminal.

El profesor Curtis, hasta aquel momento silencioso, intervino:

—Soy de la opinión del profesor Duglas. Científicamente hablando, esos bicharracos son… bueno… son una utopía.

El comandante los miró altivamente. Le molestaba que aquellos hombres le llevasen la contra.

—También durante muchos siglos fue una utopía lo de los hombres gusano descritos por Wandel y ustedes tuvieron ocasión de verlos y de luchar contra ellos.

El profesor Duglas gritó iracundo:

—Eso era otra cosa completamente distinta. Biológicamente hablando, nadie negaba la existencia de esos hombres gusano. Podían existir. Lo que se negaba era que pudieran vivir en ciertos lugares. La ciencia nos dio la razón. Pudieron vivir en el lugar donde les eran favorables los elementos. En Ceres la composición del suelo, aun siendo parecida a la de la Tierra, tiene unas ligeras pero notables diferencias.

—En efecto—afirmó Curtis.

El Presidente escuchaba la discusión silencioso. No había querido intervenir. Pero en vista que ésta tomaba ciertos bruscos carices y que se desviaba, dijo:

—Veo que ustedes tienen opiniones distintas. Si les he citado para hoy ha sido porque espero la llegada de un común amigo nuestro. Mejor dicho, de dos amigos. Se trata de Andrés Valero y de su esposa Tatiana Álvarez.

En el rostro de todos los presentes apareció una luminosa sonrisa.

—¡Vaya agradable sorpresa!—dijo Duglas.

—¡Tengo ganas de abrazar a Andrés y a Tatiana!—afirmó Curtis.

El Presidente continuó:

—En vista de que el misterio de esos pajarracos o lo que sean no se pone en claro, le mandé un comunicado a Andrés Valero para que dejase cuanto antes Ceres y se trasladara aquí a la tierra. Le voy a comisionar de la dirección de este asunto. Ustedes ya le conocen y saben de sobra que es un hombre competente y con mucha experiencia. Si él no puede desentrañar este misterio, ya no sé quién podrá hacerlo. Ni que decir tiene que él tendrá plenos poderes para elegir a sus ayudantes. ¿Supongo, profesor Duglas, que usted querrá ser uno de ellos?

El profesor sonrió:

—Si el caso fuese científico, de mil amores. Pero como sospecho que sólo es policial, será mejor que busque a elementos como el comandante Luis Andersen.

El muchacho sonrió:

—Sería para mí un alto honor poder trabajar a las órdenes del General.

El Presidente fue a intervenir cuando sonó el zumbido del dictáfono. Apretó el botón.

—¿Diga?

Se escuchó la voz de la secretaria:

—Excelencia, aquí están el General Valero y su esposa.

—Que pasen—ordenó. Cerró el dictáfono y se volvió hacia el profesor Duglas—. Ya los tenemos aquí.

La puerta la abrió un ordenanza y en el amplio despacho hicieron su aparición Andrés Valero y Tatiana.

El joven general, luciendo en sus labios su característica sonrisa, saludó efusivamente al Presidente y después abrazó a los profesores. Cuando se enfrentó con el comandante le miró extrañado:

—A usted no tengo el gusto de conocerle.

—Así es, General. Cuando usted estaba en el Servicio, yo todavía era un oscuro teniente. Mi nombre es Luis Andersen.

Andrés sonrió con amplitud.

—He oído su nombre. Lo oí relacionado con un peliagudo caso de espionaje.

—Así es, General. Tuve suerte y descubrí el misterio. Me ascendieron a comandante y me dieron la jefatura de este sector.

—Me alegro.

Tatiana también había saludado a todos sus antiguos compañeros. Sus ojos violeta tenían destellos de íntima felicidad.

El Presidente habló con amabilidad.

—Sentaos—les dijo dirigiéndose a Andrés y a su esposa—y ahora, que el profesor Duglas y el comandante Andersen te digan para qué te hemos llamado.

El profesor Duglas sonrió:

—Creo que es mejor que lo explique el comandante.

Luis Andersen se encaró con Andrés Valero que sonreía satisfecho.

—Le supongo enterado de los hechos misteriosos que están sucediendo en la Tierra desde hace un tiempo a esta parte.

—¿Se refiere a las muertes misteriosas de altos personajes?

—Sí. Y también a la presencia de ciertos... bueno... no sé cómo calificarlos.

Andrés cortó benévolamente:

—Ya sé. A esos vampiros que se han visto o se han pretendido ver en distintas partes de nuestro Planeta. ¿No es así?

— Exactamente. Nosotros hemos trabajado denodadamente sin conseguir ningún resultado positivo. No sabemos a qué atenemos. Hasta la fecha no hemos podido capturar a ninguno de esos pájaros-hombre.

—Ni lo conseguirán tampoco—dijo Duglas.

—¿Por qué?—preguntó muy seriamente Andrés Valero.

El profesor fue a contestar pero se le adelantó el Presidente.

—El profesor Duglas cree que esos vampiros o lo que sean sólo son imaginaciones del pueblo.

Andrés tardó un segundo en responder:

—Puede que esté en lo cierto. Pero misión del Servicio Secreto de Armas Nucleares es desentrañar el misterio. Si es todo fruto de la imaginación calenturienta de ciertos caballeros, ponerlo en claro, si no lo es, luchar contra esos entes y destruirlos.

—Esa es también mi opinión—dijo el Presidente—. Por eso te he mandado llamar, para que te hagas cargo de la investigación. Tienes perfecta libertad de acción y puedes escoger a tus ayudantes.

Andrés no contestó al pronto. Después dijo despaciosamente:

—Antes de ponerme a trabajar tengo que estar más documentado. Lo que sé son rumores sin ilación ni textura. De momento creo que el comandante Andersen puede ilustrarme sobre el caso.

—Será un honor—dijo el comandante.

Andrés cambió de conversación. No le interesaba hablar de

aquello ante todo el mundo. Él tenía una forma especial de trabajo y en esta ocasión emplearía la misma táctica. Por eso dijo:

—¿Cómo van los trabajos sobre los hombres gusano, profesor Duglas?

El profesor sonrió ampliamente.

—Bien, muy bien. Dentro de unos meses daremos a conocer una serie de cosas verdaderamente sorprendentes.

El presidente dijo:

—Por cierto que esos estudios enfadaron extraordinariamente al profesor Waret. Se desplazó de su palacio de la Luna hasta la Tierra sólo para decirme unas cuantas cosas. Pretendía tener prioridad de derechos.

El profesor Curtis dijo:

—El profesor Waret es una autoridad en física, en química y en aeronáutica, pero es un lego completo en biología. Nunca hubiera podido sacar el partido que hemos sacado nosotros.

—Esa era también mi opinión aunque no se lo dije, claro.

—El profesor Waret es una eminencia, de eso no cabe la menor duda, pero... referente a los hombres gusano... no sé lo que hubiera podido encontrar. Ustedes, por lo menos los vieron actuar vivos y ya sabían hacia dónde encaminar sus estudios.

—Claro, claro—dijo el profesor Duglas.

Andrés Valero se levantó.

—Bueno, señores, he tenido mucho gusto en verles de nuevo y en saludarles, pero creo que debemos comenzar el trabajo cuanto antes. ¿No le parece, comandante?

—Por mí, encantado general.

Andrés se volvió hacia su esposa.

—Tatiana, te supongo muy interesada por los trabajos del profesor Duglas y Curtis. Ve con ellos. Así te distraerás.

La mujer sonrió encantadoramente.

—Gracias, Andrés. Comprendes muy bien mis deseos.

* * *

Una hora más tarde en un pequeño despacho de un alto edificio, Andrés Valero departía animadamente con el comandante Luis Andersen.

Andrés había leído toda una serie de recortes de prensa donde se hablaba extensamente de los vampiros misteriosos. También había

escuchado, tomadas en hilo magnetofónico las declaraciones de las personas que pretendían haberles visto. Repasó una a una las fotografías de los cadáveres mutilados y destrozados que se encontraron así como leyó la información de la identificación de los mismos por la documentación y las huellas digitales.

—¿Qué le parece todo esto, general?—preguntó Luis Andersen.

Andrés miró al joven con gesto risueño.

—Amigo Luis, dos cosas voy a pedirte. Primera que dejes de llamarme «general». Vamos a trabajar juntos y el grado me molesta. En segundo término debes tutearme. De ahora en adelante nos vamos a meter en muchos tugurios y en ambientes distintos y nadie debe saber cuáles son nuestras verdaderas identidades. Yo te llamaré Luis solamente y tú Andrés. Así trabajaremos más seguros.

Luis asintió sonriendo.

—Como quieras... Andrés. Creo que me va a costar un poco pero ya me acostumbraré.

—Está bien. Referente a lo que me parece de todo esto te diré que nos enfrentamos con una organización maravillosa. Bien esos hombres-pájaros son los elementos que componen esa organización o son sus secuaces.

—¿Entonces cree usted en su existencia? ¿No le parecen fruto de la imaginación popular?

—Para nosotros, Luis, existen. Ahora bien, puede que sean reales o irreales, pero lo cierto del caso es que la gente cree en ellos y su creencia los hace tan reales como tú y como yo aunque sean intangibles. ¿Me comprendes?

—Pues no del todo.

—El miedo, la superstición, la sugestión, son potentes armas que utilizan los hombres. Puede que éste sea uno de estos casos.

—Ahora lo veo claro.

—Me alegro, porque nos vamos a poner a trabajar ahora mismo.

Y sin más explicaciones se levantó y ordenó escuetamente:

—Vamos.

CAPÍTULO III

L[image]

os hombres caminaban despreocupadamente por la amplia avenida que unía a San Francisco con los Ángeles. Un enorme reguero de bólidos plutogasileos pasaban a gran velocidad. Los dos hombres, sin preocuparse de ellos, andaban a grandes zancadas. No muy lejos, se vislumbraban los altísimos rascacielos de enorme ciudad americana.

Vestían trajes astrosos, viejos y deslucidos. Se diría que eran dos vagabundos. En realidad eran Andrés Valero y Luis Andersen, aunque nadie los hubiese reconocido enfundados en aquellas raídas vestimentas.

Mientras caminaban Andrés iba diciendo.

—Ahora cuando lleguemos a San Francisco nos pondremos en contacto con Francis Dean, el famoso periodista. Él es uno de los pocos que dice haber visto a esos «vampiros» digno de crédito.

Luis asintió con la cabeza. Andrés prosiguió:

—Si nos hemos trasladado a América es porque aquí en San Francisco es donde más desapariciones y muertes han ocurrido, así como mayor número de hombres-pájaro han sido localizados.

—Ya me lo imaginaba—dijo Luis sonriendo— Antes de que tú llegaras y te hicieras cargo del caso yo ya tenía intenciones de echar un vistazo por estos alrededores.

Andrés sonrió. En el poco tiempo que llevaba trabajando con Luis Andersen se había dado cuenta de su gran valía. Era un muchacho inteligente, astuto y audaz.

Los bólidos plutogasileos pasaban cada vez con mayor profusión.

—¿Cuál es tu opinión respecto a esos «vampiros», Luis ?—-la pregunta la hizo Andrés con un tono indiferente.

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Me he roto la cabeza pensando y no doy con una respuesta satisfactoria a mis propias preguntas. Que sea todo un bluff, una mentira, como asegura el profesor Duglas, me parece una cosa descabellada; el que sean seres de otros sistemas planetarios;.., no me convence; el que pertenezcan a nuestro Universo... es imposible... En fin, que no doy una en el clavo.

Todo son dudas y vacilaciones lo que tengo en la mente.

—Me agrada que me hayas hablado con franqueza, Luis. Yo también estoy desconcertado. Todas mis esperanzas se cifran en la entrevista, que vamos a sostener con Francis Dean.

Se hizo el silencio entre los dos. Las amplias calles de San Francisco se abrían, majestuosas, ante los dos amigos. Andrés se internó por una de las avenidas y luego torció por una bocacalle poco transitada y concurrida.

—Francis Dean nos espera en el bar «Saturno»—dijo a modo de información.

Un gran letrero luminoso, en el que la «O» de «Saturno» presentaba la forma del anilloso planeta, se destacaba llamativamente.

Andrés Valero y Luis Andersen entraron en el bar. No era demasiado lujoso, pero muy grande y bastante concurrido. Andrés se dirigió hacia uno de los camareros.

— Nos espera el periodista Francis Dean —dijo—. ¿Sabe usted si ha venido?

El camarero los miró con detenimiento. Sus labios se plegaron en un gesto de repugnancia.

—¿Están seguros que les espera?—preguntó insolentemente.

—Sí.

—Pasen—dijo de mal talante—. Pero cuando vuelvan por aquí, si es que vuelven, procuren cambiarse el traje. No admitimos vagabundos.

Andrés sonrió irónicamente.

—Si tuviéramos otro traje ya nos lo hubiéramos puesto hoy. No tenemos más. Pero no debe preocuparse, creo que ya nunca volveremos a este local. Es demasiado caro para nuestras posibilidades económicas.

El camarero ya no les escuchaba. Les llevó tras una gran columna donde se alineaban varios reservados. Llamó discretamente en uno de ellos y abrió la puerta.

—Que pasen—dijo una hermosa muchacha antes de que el camarero tuviese tiempo de abrir la boca. Andrés Valero y Luis Andersen se introdujeron en el reservado. Los dos hombres se quedaron un tanto asombrados al encontrarse con una mujer de extraordinaria belleza. Era joven, debía tener los 23 años recién cumplidos. Alta, pese a estar sentada se notaba su estatura, de acusadas formas, bien moldeada. Rostro ovalado, de ojos grandes, negros y profundos. Una cabellera, como el ala de un cuervo, le caía sobre un cuello nacarino. Todo en la joven era hermoso, pero lo que

más destacaba eran sus labios. Rojos, tentadores, de jugosa pulpa. En aquel momento sonreían deliciosamente a los recién llegados.

Andrés fue el primero en salir de su estupor. El camarero ya se había retirado cerrando la puerta tras de sí.

—Perdón... pero... creo que el camarero se ha confundido. Nosotros buscábamos a Francis Dean.

La muchacha hizo más amplia y más hechicera su sonrisa.

—Francis Dean soy yo, caballeros.

— ¿Usted? — preguntaron más asombrados cada vez los dos hombres.

—Sí. Pero me explico su error. Yo siempre firmo mis artículos con mi nombre. Francis ya saben que se escribe lo mismo en masculino que el femenino. De ahí su lógica equivocación.

Andrés sonrió agradablemente.

—Pues nada. Perdone... y...

—Siéntense—dijo la muchacha—. Yo ya sé sus nombres. Usted debe ser Andrés Valero y usted Luis Andersen. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Pues bien, recibí su comunicado, señor Valero y ya ve que he acudido a la cita. ¿Qué es lo que desean de mí?

Luis no, separaba sus ojos de la hermosa joven. Andrés respondió:

—Queremos que nos dé una información detallada de lo que vio hace un par de meses.

La muchacha se estremeció. Pese al tiempo transcurrido, todavía le duraba la intensa emoción.

—¿Se refiere a los «vampiros»?—su voz tembló ligeramente.

—Efectivamente. A eso me refiero.

La joven cerró los ojos como para apartar de su mente una horrible visión. Luego contestó:

—Todo cuanto vi ya lo escribí en mis artículos.

—Ya los he leído. Me parecen buenos y jugosos. Pero yo quisiera que me diese más detalles.

—¿Como por ejemplo?

—Una minuciosa descripción.

Francis Dean se quedó silenciosa durante breves segundos. Luego susurró:

—Le vi desde muy cerca, casi tan cerca como estamos nosotros ahora. Salía de la redacción del periódico. Serían las cuatro de la madrugada. No me gusta conducir de noche y como no vivo

demasiado lejos de la redacción me agrada pasear. Me aclara las ideas y despeja mi cerebro. Pues bien, aquella noche como todas; al dar la vuelta a una esquina me tropecé de bruces como quien dice con uno de esos «vampiros».

Él estaba de espaldas. Al escuchar mis pasos se volvió rápidamente y yo quedé paralizada por el terror. Era horrible. Tenía toda la apariencia de un hombre, pero de un hombre mutilado. Tenía el rostro, mitad murciélago, mitad de hombre. Su boca, grande y abierta, despedía un aliento fétido.

—¿Podría indicarme cómo era ese olor?

La muchacha sonrió con timidez.

—Puede que se ría, señor Valero, pero en aquellos momentos me pareció al del plutogás, extremadamente concentrado. Claro que inmediatamente deseché la idea.

—Continúe.

—Lo que más me llamó la atención, en aquel momento, fueron sus ojos. Eran verdes y muy grandes, Despedían una luz intensa, como de rayos mercurescentes. Al verme dio un paso hacia mí. Yo retrocedí asustada. De la boca comenzó a brotar una llamita verdi-azul. Aquella llamita despedía un calor extraordinario. Pero al instante se apagó. Y cuando creía que se abalanzaría sobre mí... ocurrió una especie de milagro. Dio dos pasos atrás... abrió sus brazos, que hasta aquel momento los había tenido pegados al cuerpo, y vi cómo una especie de membrana, al igual que las alas de los murciélagos y cuando tuvo los brazos extendidos en forma de cruz y a la altura de los hombros, dio un tremendo rugido, capaz de paralizar la sangre al más valiente y remontó el vuelo.

—¿Vio cómo agitaba las alas membranosas?

—No me fijé. Estaba demasiado asustada para percatarme de esos detalles.

—Lo comprendo—dijo seriamente Andrés Valero.

—A mí me hubiese gustado conservar la sangre fría, pero... me fue imposible. Todo sucedió de una manera tan inesperada...

—Claro... claro... Y dígame, ¿cuál es su opinión respecto a ese «vampiro» o lo que sea?

—Ya lo dije en...

—Todo cuanto dijo y escribió lo sé—cortó suavemente Andrés— lo que deseo es que me dé su versión. Pero la suya íntima.

—¿La mía íntima? Pues... no la sé. Estoy hecha un verdadero lío. Yo vi a ese «vampiro» como les estoy viendo a ustedes, sin embargo todavía me digo que no puede ser, que todo fue una alucinación, una

terrible pesadilla hija de las lecturas de otros periodistas. Porque… porque… ¡Es tan horrible todo que no puede ser cierto! No puedo creer que haya seres tan repulsivos, ni dentro de nuestro Sistema planetario ni fuera de él.

—¿Por qué razón tiene esa creencia?

La muchacha dudó antes de contestar. Luego dijo serenamente:

—¿Es usted aficionado al dibujo, señor Valero?

—Un poco, ¿por qué lo pregunta?

—Sencillamente porque usted lo mismo que yo y al igual que todos aquellos que nos gusta dibujar, cuando tenemos la mente preocupada por algún hecho que no comprendemos, si por casualidad tenemos en la mano un lápiz y ante nosotros un papel nos dedicamos a trazar líneas sin orden ni concierto. Nuestro cerebro no sabe lo que hace nuestra mano. Podríamos decir que en aquel instante, las manos obedecen al subconsciente, no al consciente. Luego, cuando volvemos en sí de aquel ensimismamiento y tenemos la curiosidad de ver lo que hemos dibujado, nos extrañamos nosotros mismos. Unas veces salen cosas maravillosas, otras, sin embargo, repulsivas y hasta grotescas. Pues bien, esos hombres-pájaro que yo vi, son muy semejantes a esos dibujos hechos inconscientemente. Parece que estén hechos pensados y diseñados por la mano de un loco.

—Comprendo perfectamente sus pensamiento. Algo muy parecido me ocurrió a mí cuando me enfrenté con los hombres gusano de Ceres.

La muchacha denegó enérgicamente con la cabeza.

—No es lo mismo, señor Valero. Aquellos seres que usted vio y luchó contra ellos, yo leí toda la información, y hasta vi fotografías de los cuerpos que ustedes trajeron del planetoide, biológicamente hablando, estaban perfectamente constituidos. Era lógico que fueran así y que actuaran de la forma que lo hacían. No podían ser de otra manera. Pero estos hombres-pájaro son distintos. ¿Cómo se explica usted lo de la llama en la boca?

—Bien pudiera ser una gran fuerza eléctrica producida por los tejidos orgánicos, es decir, una gran potencia electrogenética. La misma explicación puede servir para los ojos.

La muchacha sonrió.

—Bien se ve que es usted una autoridad en la materia. Yo no puedo discutir con usted. Pero…

—Pero todavía no está convencida. ¿No es eso lo que iba a decir?

—Sí. Eso mismo.

—Le diré sinceramente que yo también tengo mis dudas.

Luis Andersen que hasta aquel instante había permanecido

callado, intervino:

—Ninguno de todos estamos convencidos de lo que son, lo único que sabemos y eso de una manera cierta, es que existen. Usted vio a uno de ellos. ¿No es así?

—Sí—respondió la muchacha dirigiéndose al joven—yo vi uno de ellos, pero... pero... No sé, no sé lo que me pasa. Cada día estoy más... convencida de que todo fue un sueño.

Andrés sonrió cariñosamente.

—No, no fue un sueño, señorita. Fue una realidad, una triste realidad. Por aquí están ocurriendo una serie de desapariciones y muertes verdaderamente alarmantes. ¿No le dice a usted nada eso?

—Ya les he dicho que no sé qué pensar.

Andrés se levantó. Luis le imitó.

—Está bien. Nos marchamos. Tenemos todavía mucho trabajo que hacer. Ha sido un placer conocerla y sus informaciones creo, que nos serán muy valiosas. Gracias por todo.

Francis Dean extendió la mano que ambos jóvenes estrecharon.

—El placer ha sido mío, caballeros. Supongo que nos volveremos a ver.

—Eso espero—dijo Luis sin apartar sus ojos de los negros y profundos de la hermosa muchacha.

Ella sonrió encantadoramente. Andrés abrió la puerta y después de saludar de nuevo a la muchacha y seguido de Luis, salió del bar Saturno. Ya en la calle Andrés preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Maravillosa—exclamó vehemente Luis.

Andrés soltó una alegre carcajada.

—No me refería a su belleza, sino a su información.

Luis sonrió azorado.

—Pues... casi no nos ha dicho nada que ya no supiéramos.

—Pues yo creo que nos ha dicho mucho más de lo que ella misma cree—luego de una breve pausa continuó—: Interesante, muy interesante.

Luis le miró sin comprenderlo.

* * *

Los periódicos de la mañana llevaban en grandes titulares, en la primera página, una noticia alarmante. Luis Andersen se levantó temprano y fue el primero en leerlo. Entró precipitadamente en la

habitación, pobre y sucia, de la pensión del puerto que habían, alquilado y despertó a Andrés.

—-Toma, lee esto.

Andrés se frotó los ojos con los puños y dijo con voz todavía somnolienta. Se había acostado muy tarde y aún estaba bajo los efectos del sueño.

—Pero...—iba a reñirle por haberle despertado tan temprano, pero se calló, Más despejado cogió el periódico que le alargaba y posó sus ojos en la primera página. Leyó: «Desaparición misteriosa de Francis Dean».

La sorprendente y dolorosa noticia le despertó por completo. Y sin detenerse leyó el artículo.

> «La conocida periodista Francis Dean, la mujer que todo lo ha dado por su Patria, ha sido raptada. Su desaparición responde a la marca que las anteriores que, desgraciadamente vamos sufriendo de un tiempo a esta parte. La policía se ha encargado del caso. Al parecer, Francis se citó ayer tarde con unos vagabundos en el bar Saturno de nuestra ciudad. Cuando salió del bar se marchó directamente a su casa. Ya nadie la ha visto. La portera la vio entrar, pero no salir; ¿dónde está nuestra compañera? ¿Quién la ha raptado? ¿Qué saben esos vagabundos del caso? ¿Es otra de las misteriosas «hazañas» de los no menos misteriosos «vampiros»? Todas esas interrogantes y muchas más tendrán que ponerse en claro. Ya estamos cansados de vivir bajo la constante amenaza de algo que, por desconocido, es mucho más temible. La policía, los altos funcionarios del Estado, el Presidente de las Naciones Unidas, tiene que tomar cartas en el asunto. La Tierra está viviendo días de terror y de tensión dolorosa. Hay que terminar de una vez con esta angustiosa situación. La Tierra así lo quiere. Sus ciudadanos así lo desean. ¡Paz, paz y tranquilidad! Ahora la policía tiene una pista. Esos vagabundos: ¿Quiénes son? ¿Dónde se encuentran? ¿Qué es lo que deseaban de Francis Dean? Ahí dejamos esas preguntas. ¿La policía podrá contestarlas?».
>
> Andrés terminó la lectura. Luis preguntó anhelante:

—¿Qué te parece?

—Todavía no puedo responderte. Pero si sé que pisamos una pista firme, muy firme.

—Y se quedó pensativo.

CAPÍTULO IV

A

ndrés Valero hubiera dado diez años de vida por poder contemplar la interesantísima reunión que se estaba celebrando en el majestuoso laboratorio particular del profesor Waret, allá en su gigantesco palacio lunar. Dos docenas de hombres, todos ellos grandes personalidades de la ciencia, de la política y de la milicia, estaban pendientes de los labios de Ricardo Piera. ¡Sí, del mismo que había ostentado el cargo de Secretario de Estado de las Naciones Unidas! ¡Del mismo que había desaparecido y que luego fue identificado en un cuerpo mutilado y destrozado! ¿Cómo era ello posible? La explicación era bastante sencilla.

En la sevicia mente de Ricardo Piera, había nacido un plan: Deseaba hacerse el dueño de la Tierra y por ende de todo el Sistema Planetario Solar. Para conseguirlo, lo primero que hizo fue captarse la confianza del prodigioso cerebro del profesor Waret. Cuando ya lo tuvo bajo su siniestro poder, pensó en organizar al grupo revolucionario que diese el golpe de mano, para subirlo a él al poder. ¿Pero cómo lo llevaría a término?

Ricardo Piera sabía mejor que nadie de la efectividad matemática del Servicio Secreto Terrícola, así como de la geométrica precisión con que funcionaba la policía. No, no podía organizar el complot revolucionario en la Tierra. Mucho antes de que se hicieran realidad sus maquiavélicos proyectos, estaría al descubierto y él, desenmascarado, preso y quizás… ejecutado. No, en la Tierra sólo el pensarlo era ya una locura. Por eso decidió hacerse desaparecer y marcharse con el profesor Waret al palacio lunar. En aquel instante todavía no había pasado por su imaginación el mandar un cuerpo con su documentación y sus huellas digitales. Fue el profesor Waret, de una manera inconsciente, el que le dio la idea. Fue a los pocos días de su llegada a la Luna.

El profesor Waret, le fue enseñando a su nuevo amigo toda la

maravillosa instalación de su sinpar laboratorio. Ricardo Piera se quedó pasmado y aturdido al contemplar aquellas enormes salas repletas de raros instrumentos y de aparatos complicadísimos. Así mismo se felicitó por haber conseguido la amistad de aquel hombre cuyo cerebro era único en la Tierra. Pero donde llegó al máximo el asombro del ex Secretario de Estado fue cuando el profesor Waret le dijo:

—Ahora voy a mostrarle algo verdaderamente extraordinario. Es un arma tan peligrosa, tan temible, que no he tenido valor para enseñarla a nadie. Le confieso que cada vez que la contemplo, me siento un semidiós y al mismo tiempo me encuentro empequeñecido ante mi propia obra. Vamos.

El profesor abrió una enorme cámara acorazada. Ricardo Piera, cuando entró en la espaciosa sala de hierro vio alienados sobre las metálicas paredes a una docena de seres repulsivos. El profesor aclaró:

—Estos son mis hijos, los he bautizado con el nombre de «pteryxmys»—el profesor lanzó una risita aguda y luego aclaró—: «Pteryx» significa pájaro y «mys» ratón. Si le he dado ese nombre es por la semejanza que mis «hijos» tienen con esos dos animales. Ahora los verá funcionar.

Se acercó a un cuadro de mandos y apretó un botón. Uno de aquellos «robots» dio unos cuantos pasos por la estancia. Sus andares no eran pesados y lentos sino ágiles y elásticos. En nada se parecían a los «robots» que Ricardo Piera había visto en la Tierra. El profesor continuó:

—Voy a enseñarle de lo que son capaces mis «pteryxmys». Acompáñeme a la cámara de mandos.

Salieron de la enorme sala metálica y se adentraron en otra llena de complicadísimos aparatos. Una serie de pantallas de televisión se adosaban a las paredes. El profesor señaló a una de ellas y dijo:

—Fíjese bien en esa pantalla, Ricardo.

Pulsó varios botones y al momento en la pantalla apareció un bello paisaje lunar. Se veía a vista de pájaro, cuando de pronto, el paisaje se hizo más amplio y más visible. Se diría que estaban fotografiándolo desde el mismo suelo. El profesor pulsó un nuevo botón y en otra pantalla apareció el extraño «robot» andando tranquilamente por la redondez característica de la Luna. De pronto, el «pterymiys» abrió los brazos y le nacieron unas membranas y remontó el vuelo. Lo hacía con seguridad, sin vacilaciones. Ricardo Piera no daba crédito a lo que estaba viendo. El profesor continuó su explicación:

—Mis « pteryxmys » no solamente andan y vuelan sino que hacen

una serie de cosas extraordinarias. En su interior, llevan una microemisora televisora, conectada directamente con una cámara fotográfica de matemática precisión que registra todo cuanto «ven» sus ojos. Así me entero yo, por medio de estas pantallas, de todo cuanto tienen ante ellos. Estas otras pantallas recogen, mediante un telerradar bastante complicado, todos los movimientos de los «pteryxmys».

—Desde luego es maravilloso—dijo Ricardo Piera, realmente impresionado.

—Pues no es eso sólo. El plutogás, combustible activísimo y potente que usted ya conoce y sabe que es de mi invención, a grandes presiones se licúa. Pues bien, el «plutolicuol», al arder genera una llama verdi-azulada de unas calorías del orden de los cien mil grados. Es decir, que el «aliento» de mis pteryxmys puede derretir en décimas de segundo una plancha de acero de unos treinta centímetros de espesor.

Nada hay tan potente como la llama del «pluto-licuol». Las garras de mis «hijos» son cinco cañones que disparan a grandes velocidades balas bacteriológicas y por si todo esto fuera poco, están construidos de una materia tal que ni las más potentes descargas eléctricas, ni los rayos masivos, ni los fusiles nucleares les pueden ocasionar el menor daño. Puedo decir que son invencibles.

Ricardo Piera escuchando la conversación del profesor se frotaba las manos con fruición. Con aquel arma en su poder la Tierra sería suya en menos tiempo del que había previsto. La voz del profesor continuó diciendo:

—Ahora voy a mostrarle lo que son capaces de hacer mis robots «pteryxmys». Venga a la pantalla y lo verá.

Ricardo Piera miró a la pantalla y vio cómo el robot se acercaba a una gran piedra y la levantaba en vilo. Después se la cargaba al hombro y abriendo las alas emprendía el vuelo.

—Vendrá al palacio cargado con la piedra—informó el profesor—. Todo cuanto me interesará lo traerá de igual manera.

...Y fue a raíz de ver las maravillas de los «pteryxmys cuando pensó en hacerse «desaparecer». Convenció al profesor para que uno de sus robots llegase a la Tierra y trajera al primer vagabundo que se tropezase. El robot cumplió a las mil maravillas el encargo. Ricardo Piera lo asesinó fríamente y después, mediante un injerto de piel, le pasó sus propias huellas digitales. Lo vistió con un traje suyo y le puso sus documentos. El misino robot lo llevó a la Tierra.

Cuando los terrícolas encontraron aquel cuerpo creyeron de buena fe que se trataba del Secretario de Estado, desaparecido misteriosamente días antes.

Como el primer experimento dio buenos resultados, Ricardo Piera, concibió la idea de trasladar por ese mismo método a todos aquellos políticos, científicos y militares que podían ayudarle en su plan revolucionario.

Meses después, en la Luna se iban agrupando los presuntos revolucionarios y en la Tierra aparecían cadáveres mutilados, con la documentación de los desaparecidos. La policía y el Servicio Secreto les daba por muertos mientras que ellos estaban bien vivos y pensaban adueñarse en breve del poder terrícola.

Aquel día, Ricardo Piera hablaba a sus compinches, todos reunidos en el amplio y despejado salón del laboratorio particular del profesor Waret, incondicional de la sevicia inteligencia del ex Secretario de Estado.

—Amigos—decía éste—, nuestros «ptryxmys» están llevando una magnífica labor. Todos los periódicos y revistas no hablan de otra cosa. Creen que son seres de otros sistemas planetarios. Los han bautizado con el nombre de «vampiros de muerte». La tensión nerviosa ha ido en aumento. El clima se está haciendo propicio para un ataque en masa. Ahora bien, ya sabéis que una periodista, Francis Dean, logró ver de muy cerca a uno de los robots. Esto no me alarmó en un principio. Pero después y mediante las emisoras telerradáricas que hemos ido poniendo en sitios vitales, me enteré de que nuestro común enemigo, el Presidente de las Naciones Unidas, llamó a Andrés Valero. Todos vosotros le conocéis tan bien como yo. Es un hombre sagaz, valiente, audaz, con una inteligencia poco común. Este hombre puede, si nos dormimos en los laureles, descubrir toda nuestra magnífica organización. Ayer mismo se puso al habla con Francis Dean. No sé de lo que hablaron, por eso he mandado a un «ptryxmys» para que me la traiga. Si os he reunido ha sido porque no tardará mucho en llegar a la Luna. Veámosle en la pantalla.

Se acercó a la pared de las pantallas televisoras y pulsó un botón. Al instante apareció el repulsivo robot en pleno vuelo. Sobre el hombro se distinguía perfectamente el cuerpo inanimado de la hermosa joven. Uno de los reunidos, Max Brich, científico de bastante prestigió, lanzó una exclamación:

—Esa muchacha morirá en el instante entre en la órbita lunar. No lleva puesto el equipo espacial. Necesita de la escafandra y del compresor de oxígeno.

Ricardo Piera sonrió enigmáticamente.

—Todo está perfectamente previsto, Max. Da un vistazo a la otra pantalla.

Todos los ojos se volvieron hacia donde había indicado el ex

Secretario. Otro «pteryxmys» cargado con el quipo espacial se acercaba a su compañero a gran velocidad. Sin perder el vuelo los dos robots como si poseyeran un cerebro humano, le colocaron la escafandra y el compresor de oxígeno a la muchacha. Un murmullo de admiración se elevó en la sala. El profesor Waret no cabía en sí de gozo. Aquello que había hecho era un alarde de seguridad en sus aparatos voladores.

Minutos más tarde, entraban sin disminuir el vuelo en el gran palacio lunar. Como si poseyeran conocimiento depositaron blandamente a la muchacha en el suelo y ellos con ágil y elástico paso se fueron hacia la cámara acorazada.

Ricardo Piera se acercó a la muchacha y con habilidad le despojó del yelmo espacial. Allí dentro no le hacía ninguna falta. Los aparatos del profesor Waret extraían suficiente oxígeno para todos.

Mediante un sorbo de una bebida incolora, la muchacha abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó al tiempo que trataba de incorporarse. Y si como en aquel momento recordase al ser repulsivo que la había raptado, lanzó un grito de angustia y desesperación.

Ricardo Piera se acercó a la muchacha con solícita sonrisa.

—No se alarme, señorita-—le dijo—está entre amigos.

La muchacha volvió a abrir los ojos y miró a Ricardo.

—¿Dónde me encuentro?

—Ya le he dicho que entre amigos. No debe asustarse, nadie quiere hacerle el menor daño.

La muchacha trataba de recordar dónde había visto aquel rostro. Por más esfuerzos que hacía no lograba conseguirlo y eso que estaba completamente segura de conocer a aquel hombre que la miraba sonriente.

—¿Y… y… el «vampiro de la muerte»?—su voz al hacer la pregunta tenía matices de pavor.

—No le hará nada—aseguró Ricardo haciendo más amplia la sonrisa. Luego al darse cuenta de que Francis se iba reponiendo por momentos, continuó—: Señorita, se encuentra usted en la Luna. Nosotros, ya le he dicho antes que somos amigos, ahora bien, también podemos ser enemigos si usted no trata de colaborar.

Francis Dean todo era hacer esfuerzos por coordinar las ideas sin conseguir nada positivo. Todo ocurrió demasiado aprisa. ¿Qué tenía que colaborar y con quién?

Sus ojos recorrieron la amplitud de la sala. Vio a dos decenas de hombres que la observaban atentamente. Su mirada se posó en uno de

aquellos hombres y lanzó un grito de terror.

—No—chilló frenéticamente—no puede ser. Usted... usted... es el senador Len Riter... y yo... yo le vi muerto...

Una sonora carcajada salió de todas las gargantas. El llamado Len Riter después de desahogarse riendo murmuró:

—Aquí no hay nadie muerto, Francis Dean. Todos estamos vivos y bien vivos.

—Pero... ¡Oh! ¡Dios mío! No comprendo ni una sola palabra.

Ricardo Piera se acercó más a la joven.

—Ni tiene por qué comprender nada. Está ahora en nuestras manos. No saldrá de la Luna hasta que nosotros no lo deseemos. Si la he mandado traer es porque deseo hacerle unas preguntas.

Francis Dean estaba asustada. Por lo poco que había visto y entendido, deducía que se encontraba prisionera de una banda de locos criminales. Todavía no podía colegir lo que deseaban pero muy pronto lo averiguaría. Ricardo Piera continuó:

—Señorita Dean, usted vio hace unos cuantos meses a un «vampiro de la muerte» como allá en la Tierra han bautizado a nuestros fieles servidores. ¿Qué es lo que vio de particular en él?

La muchacha asustada no pudo contestar. Ricardo se impacientaba:

—¡Conteste!

—Pues... pues... yo no vi nada. Sólo... sólo... ¡Oh, es horrible!—y cerró los ojos.

—No me venga con escenitas—la voz de Ricardo Piera era cortante como un puñal—, responda.

—No sé nada. Se lo aseguro.

—¿De qué habló con Andrés Valero?

—Yo... yo...

—Estamos enterados de todo. Ayer, en el bar Saturno de San Fráncico, usted se entrevistó con Andrés Valero y con Luis Andersen. ¿De qué hablaron?

La muchacha iba viendo claro. Sus nervios se serenaban y el cerebro principió a regirle.

—No hablamos de nada importante. Sólo de los «vampiros». Yo les dije ciertas cosas que había visto y...

—¿Qué cosas eran ésas?

La muchacha, ya dueña de sí, refirió detalladamente la conversación sostenida.

—¿Nada más les dijo?

—Nada más.

—Está bien.—-Hizo una seña con la mano y uno de los presentes se la llevó hacia una amplia habitación.

-—Señorita, no tema—le dijo—, nada malo le sobrevendrá. Pero no tiene más remedio que obedecer nuestras órdenes. Y ahora trate de dormir.

Cuando Francis Dean se quedó sola en la habitación, se puso a meditar. Por mucho que pensaba no conseguía unir todos los cabos sueltos que tenía en la mente. Las preguntas cabalgaban en su cerebro sin que las respuestas adecuadas vinieran a disiparlas.

—No tengo más remedio que tratar de mostrarme simpática y amable con esos hombres. He de averiguar cuanto aquí se hace y prepara. Estos hombres son los dueños de ésos vampiros. ¿Qué pretenderán?

Se dejó caer en la cama y el cansancio y las terribles emociones sufridas le hicieron cerrar los ojos. Minutos más tarde dormía plácidamente.

En la gran sala del laboratorio, Ricardo, reunido con sus compinches hablaba nerviosamente.

—Esta muchacha no sabe nada y si ella no ha llegado a penetrar en el gran secreto de los «pteryxmys» es porque nadie en la Tierra sabe una palabra de ellos. Creo que nos hemos alarmado sin motivo, pero es demasiado grande nuestra empresa para dejar cabos sueltos. Andrés Valero es un enemigo y hace muchos años que aprendí que no había enemigo pequeño.

—¿Y por qué no lo raptamos? ¿Sería mucho mejor eliminarlo que esté fisgando por todas partes.

—En eso había pensado. Pero…

—¿Qué?

—Pues que la vida de Andrés Valero me es necesaria. Sabe unas cosas muy interesantes respecto a cierto satélite de Saturno. Su muerte no nos beneficiaría cuando seamos dueños de la Tierra.

—No es necesario que muera. Con traerlo a la Luna… asunto concluido.

Ricardo Piera sonrió cruelmente.

—Ya lo veremos, Max, ya lo veremos

CAPÍTULO V

L[image]

a misteriosa desaparición de Francis Dean había sumido a Andrés Valero en un caos de oscuridad. Todo cuanto venía sucediendo en la Tierra no tenía explicación posible. Se diría que era todo obra de un loco o de un monomaniático.

Las muertes, las desapariciones, la presencia de aquellos extraños «vampiros de la muerte», todo, todo estaba oscuro… Ni la más remota claridad se vislumbraba en el misterio.

Luis Andersen estaba desesperado. Desde el primer momento que vio a la periodista se sintió atraído hacia ella y su desaparición le trastornaba.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó sin dejar de dar grandes zancadas por la habitación.

—Pues no lo sé todavía—respondió Andrés que comprendía los sentimientos del joven comandante—. ¡Si al menos supiéramos de dónde proceden esos vampiros!

Un hondo silencio se abrió de nuevo. Los dos pensaban febrilmente. Sus cerebros parecía que iban a estallar de un momento a otro.

—No tenemos más remedio que localizar a uno de esos vampiros —-musitó Andrés en alta voz, como si tradujese sus más íntimos

pensamientos—. Sin la base fundamental del misterio siempre estaremos a oscuras.

—¿Pero cómo lo conseguiremos?

—Si lo supiera ya estaría medio misterio aclarado—hizo una pausa para después hablar rápidamente—. Vamos. Iremos al observatorio espacial más próximo.

Sin más explicaciones, salió de la habitación seguido por Luis Andersen. Ya en la calle cogió un «plutogasileo» de alquiler y se fueron hacia las afueras de la gran ciudad. Andrés sabía que no muy lejos de donde se encontraban había un magnífico observatorio Sideral.

No tardaron mucho en localizarlo. Dejaron en la calzada al «plutogasileo» y se adentraron en el gran edificio del Observatorio.

— Deseo ver al jefe —dijo imperativamente Andrés Valero al policía que montaba la guardia. Este le miró desconfiadamente. Andrés le mostró la documentación. El policía se cuadró militarmente y dijo:

—Pasen. Yo mismo les acompañaré.

Subieron en un ascensor y a los pocos segundos se hallaban ante una puerta de cristales fríos. El policía nudilleó y una voz desde el interior ordenó:

—Pase.

El policía entro y al momento volvió a salir.

—El jefe del observatorio les espera.

Respetuosamente les cedió el paso y Andrés y Luis entraron en una habitación de grandes proporciones. Las paredes estaban repletas de mapas del Espacio. Tras una amplia mesa, revoltijo de papeles, un hombre de sonriente rostro se había levantado del sillón y los esperaba cordialmente.

—Pasen, caballeros, pasen y siéntense.

Andrés y Luis estrecharon efusivamente la mano que les tendía el astrónomo y tomaron asiento.

—Perdone que vengamos a molestarle—dijo Andrés—. Pero necesito una amplia información de todo aquello que hayan podido observar respecto a los «vampiros de la muerte».

El astrónomo sonrió bonachonamente.

—No es demasiado lo que puedo decirles. Ni siquiera hemos podido recoger sus señales.

—Pues habrá que intentarlo. Es necesario para nuestro servicio.

—Yo quisiera poder ayudarles, pero me temo que va a ser

bastante difícil. Esos… «Vampiros» o lo que sean han alarmado mucho a la Tierra cuando en realidad no sabemos nada respecto a ellos. Por ignorar hasta de su existencia real hay fundadas dudas. Científicamente hablando no se ha podido comprobar nada.

—¿Pero lo han intentado?

El astrónomo bajó la cabeza.

—Debo confesar que no hemos hecho demasiado caso de las habladurías de la gente ni de los reportajes terroríficos de los periodistas. La experiencia nos ha demostrado que la masa popular tiende siempre a inventar ciertas historias truculentas y que son aprovechadas por los periodistas para confeccionar estos sabrosísimos artículos.

—Puede que usted tenga razón… profesor…

—Rex, Willas Rex.—se apresuró a decir el astrónomo.

—Pues como le iba diciendo, profesor Rex, puede que tenga razón en lo que dice y piensa, pero yo creo que estamos ante un caso de más gravedad y trascendencia que esas historias truculentas inventadas por las gentes desocupadas. Ha habido muchas desapariciones y muertes. Eso no es producto de la fantasía del pueblo. Precisamente hoy se anuncia la desaparición de una eminente periodista. Francis Dean. Como verá…

El profesor había enmudecido. Su rostro se tornó lívido. Después murmuró:

—¿Dice que Francis Dean ha desaparecido?

—Así es.

Se dejó caer en el sillón. Su sonrisa desapareció de los labios y en sus ojos apareció una tremenda tristeza. Luego dijo con lentitud.

—Francis es sobrina mía. Es lo único que me queda en el mundo. Mi esposa, murió hace unos años y no tuvimos hijos. Francis es hija de una hermana mía, también fallecida hace tiempo. Pese a no tener más familiares vivimos en distintos pisos. No queremos molestamos mutuamente, aunque nos queremos entrañablemente. Cuando a Francis se le apareció aquel «vampiro» vino a comunicármelo. Yo me reí de ella. Recuerdo que le dije que leía demasiadas novelas truculentas. Ella me aseguró que lo había visto. Pero confieso que no le hice mucho caso, la verdad. ¡Y ahora ha desaparecido! ¡Mía es la culpa! ¡Mía tan solo!

Andrés comprendió el dolor del astrónomo. Por eso dijo:

—No debe torturarse, profesor. Lo que tenemos que hacer es poner remedio. Yo sé que si esos bichos vienen a la tierra por el aire, procedentes de cualquier planeta, podremos localizarlos en su vuelo.

Si por el contrario están aquí mismo en la tierra y su vuelo solo es por la atmosfera, también los localizaremos con facilidad. Lo demás creo que será sencillo. ¿Nos ayudará, profesor?

—Cuenten conmigo.

—Gracias. Estaba seguro de su respuesta. Esta noche vendremos al observatorio.

—Les estaré esperando.

Andrés Valero y Luis Andersen salieron del gran edificio y después de montar en el Plutogasileo partieron hacia la ciudad de San Francisco.

Más de doscientos «pteryxmys», se alineaban siniestros frente al gran palacio Lunar del profesor Waret, dispuestos a emprender el vuelo hacia la tierra. Ricardo Piera había decidido atacar abiertamente al planeta. Todo estaba preparado para dar la gran batalla, para comenzar la enorme ofensiva. No debía demorarla ni un solo segundo.

En el amplio despacho del profesor Waret, Ricardo discutía los últimos detalles con sus generales adictos. El general del Estado Mayor, Enrique Dominique y Jacinto Taylor, general de la Armada Espacial. Junto a ellos el profesor Waret escuchaba las interesantes declaraciones de los militares:

—Lo que primero debemos atacar son los centros nerviosos de la Tierra—decía en aquellos instantes el General Taylor—Es decir, aeropuertos y las bases donde se agrupan las gigantescas naves espaciales. Al mismo tiempo que unos cuantos de nuestros robots se dedican a sembrar el pánico y la muerte en los aeropuertos, otros atacarán las bases secretas de almacenamiento de armas masivas y termonucleares. Todo sucederá en una noche. Cuando los tericolas vengan a darse cuenta de lo que está pasando se encontrarán con que no tienen ni armas ni aeronaves. Entonces será el instante decisivo para entrar nosotros en Ginebra, derrotar al Presidente y hacernos los dueños del gobierno.

Ricardo Piera se volvió hacia el general Domage con ojos interrogantes. Este dijo:

—Todo cuanto ha dicho mi compañero es lo que se debe llevar a término. En estos mapas— y al decirlo extendió sobre la mesa unos grandes mapas de la Tierra—están señalados, como puede verse, con lápiz rojo, los sitios donde deben atacar los robots. Ya hemos calculado los lugares y suman en total 90, distribuidos de la siguiente manera: Aeropuertos importantes de naves espaciales; diez en América del Norte, tres en América del Sur; cinco en África, diez en Europa, diez en Asia y dos en Australia, total cuarenta. Cada aeropuerto será atacado por tres «pteyxmys». Necesitamos por lo tanto ciento veinte.

Las bases secretas de armamento están repartidas: cinco en América del Norte; dos en América del Sur; dos en África, diez en Europa, diez en Asia y una en Australia, total treinta. Estas bases serán atacadas por dos robots. Necesitando sesenta, que con los ciento veinte anteriores suman ciento ochenta. Nos sobran de los doscientos, veinte que los utilizaremos en parejas para que destruyan los laboratorios de investigaciones científicas de Londres, Berlín, Madrid, Moscú, San Francisco, Washington, Brasilia, Pekín e Isabelville. ¿Está claro?

Ricardo Piera sonrió malignamente.

—Claro y perfecto. Os felicito. Ahora sí que nada podrá salvar a la Tierra—se volvió hacia el profesor Waret para decirle—. ¿Cuándo podemos enviar nuestros «pteryxmys» a la Tierra?

—Cuando usted guste. Mis ayudantes y yo estamos preparados

—Pues sólo falta que den las órdenes pertinentes, amigos.

Los generales sonrieron ampliamente.

—Las órdenes ya están dadas. Cuando quiera, profesor.

El sabio, pulsó un botón y al instante aparecieron sus ayudantes.

—Vamos a poner en funcionamiento los robots. Cada cual que este en su puesto. ¿Entendido?

—Sí, profesor.

—Pues ¡adelante!

Momentos después la Luna se llenó de extraños ruidos. Doscientos «vampiros de la muerte» remontaban el vuelo para llegar a la Tierra y sembrar en ella el terror y la destrucción.

Los timbres de alarma del observatorio de San Francisco, comenzaron a sonar estrepitosamente.

El ayudante del profesor Rex dio un respingo y se levantó presuroso. Miró en la pantalla televisora y no vio nada en ella. Después puso su ojo en el potentísimo telescopio y una exclamación gruesa y sonora se escapó de sus labios.

—¡Maldita sean todas las galaxias! Una nube de bichos raros se acerca a la Tierra.

Acto seguido telefoneó al profesor que, en aquellos momentos estaba descansando en su casa. ,

—Venga, profesor. Algo muy raro se ve en el firmamento.

El profesor Rex saltó de la butaca y bajó precipitadamente las escaleras de su piso. Subió en el bólido plutogasileo y salió a toda velocidad hacia el observatorio. Mientras corría utilizó el dictáfono teleneutrónico para comunicarse con Andrés Valero.

-—Óigame—dijo sin dejar de conducir—Venga al observatorio.

Creo que tenemos novedades.

—Ahora mismo vamos.

Andrés y Luis sin pérdida de tiempo se dirigieron al gran edificio. El profesor terminaba de llegar.

—¡Vamos!—les dijo—. Mi ayudante me ha llamado.

No intercambiaron más palabras. Subieron al ascensor y éste les condujo a la gran sala donde estaban los instrumentos.

—¡Mire, profesor, mire!—dijo el ayudante nada más le vio.

Willar Rex colocó expertamente su ojo en el gran telescopio y exclamó:

—Son los «vampiros de la muerte» No me cabe la menor duda. Véalo usted, señor Valero.

Andrés no se hizo de rogar y miró. La bandada de robots se estaba acercando peligrosamente a la Tierra. Al llegar a la atmosfera cada uno de ellos tomaba una dirección distinta, dividiéndose en varios y nutridos grupos. Andrés dijo.

—No hay duda, profesor. Los «vampiros» se acercan a la Tierra.

El astrónomo observaba detenidamente en la pantalla televisora.

Los «pteryxmys» habían entrado ya en el campo de sintonización visual y se veían perfectamente aunque algo lejanos y un tanto borrosos.

—-Miren aquí—dijo el profesor Rex.

Andrés Valero y Luis Andersen miraron a la pantalla.

—Son ellos. No me cabe la menor duda. Son exactamente iguales a como los describió su sobrina.

—Sí... iguales...

Luis no había desplegado los labios. No tenía bastantes ojos para mirar en la pantalla televisora. Sin saber cómo sus ojos tropezaron con la pulida superficie de la placa de un telerradicosensibilizador. En él comenzaron a notarse ciertas señales.

—¡Andrés! Fíjate en esto.

Tanto Andrés como el profesor se volvieron. Fue el astrónomo el que exclamó lleno de estupor.

—Qué cosa más rara. Si no lo viera no lo creería. Esas son unas señales de telerradar. Pero no dicen nada. Están emitiendo ondas ultra cortas sin significado alguno. Como si se tratase de dirigir a algún robot.

Andrés abrió mucho los ojos. Después se dio, una palmada en la frente.

—¡Claro! ¿Qué torpes hemos sido, profesor? Esos «vampiros» no son otra cosa que robots perfectísimos. ¿Podría averiguar de dónde parten esas señales?

El profesor se quedó asombrado al escuchar las palabras de Andrés pero aguijoneado por la vivacidad de la pregunta y por el brillo intensísimo de los negros ojos del muchacho respondió.

—No es muy sencillo, pero lo sabremos.—Se volvió hacia su ayudante y le ordenó—. Ve a mi despacho y tráeme el andapolorizante.

El ayudante salió del observatorio y corrió hacia el despacho del profesor. El andapolorizante era un aparato pequeño y de gran sensibilidad. Estaba dentro de una caja metálica. Lo cogió y partió hacia el observatorio. El profesor lo esperaba impaciente.

Sacó el aparato de la caja metálica y puso dos hilos en la placa del telerradicosensibilizador. En el andapolorizante había una aguja que comenzó a oscilar alocadamente. El profesor se volvió de nuevo a su ayudante y le dicto.

—Escriba. Treinta y dos grados cinco minutos seis segundos de Alfa; cinco grados veinte minutos seis segundos de Beta; siete grados, tres minutos seis segundos de Omega; trece grados, veintitrés segundos, de Gama. Ya está. Busque las tablas telerreductoras y las de orientadoras.

El ayudante buscó dos gruesos libros. El profesor comenzó a hacer funcionar un cerebro electrónico poniendo en él cantidades y más cantidades. Andrés y Luis le miraban trabajar sin poder apartar los ojos de aquellos números complicados.

Después de una serie de operaciones, el profesor fue buscando en los libros que le había traído su ayudante. Anotó ciertas cantidades en un papel y después comenzó a pulsar de nuevo en el cerebro electrónico. Dos minutos después sacó una larga y enredada cantidad. La miró en las tablas telerreductoras y después volvió a poner el cerebro en marcha. Sólo unos segundos para exclamar atónito.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Debo haberme equivocado con las prisas.

Andrés preguntó:

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Pues que esas emisiones vienen de la Luna.

Andrés no dijo nada. En aquel momento la luz se hizo en su cerebro. Recordó las palabras de Francis. «Percibí un aliento fétido, como si fuera plutogás muy concentrado». Luego sonaron en su mente las palabras del Presidente de las Naciones Unidas. «El profesor Waret

se enfadó enormemente por no ser él el que estudiase el misterio de los hombres-gusanos. Vino exprofeso de la Luna para decírmelo».

Lentamente dijo:

—No se ha equivocado, profesor. Esos malditos «vampiros» vienen en efecto de la Luna. ¡Y yo sé quién los maneja!

CAPÍTULO VI

Cuando Francis Dean despertó de aquel extraño sopor que las emociones, el cansancio y la bebida le habían proporcionado, se levantó prestamente dispuesta a enterarse de cuanto estaba sucediendo en aquel misterioso palacio lunar.

—Vayamos poniendo en orden nuestras ideas —se dijo en voz alta—. Aquí hay unos cuantos hombres desaprensivos que intentan algo y no muy bueno, por cierto, contra la Tierra. ¡Si yo me pudiera enterar!

Voces excitadas llegaron hasta su habitación. Prestó oído y reconoció la de Ricardo Piera que estaba dando órdenes. Al principio, no entendió ni una sola palabra, pero después cogió alguna frase suelta. Con ellas la valerosa muchacha fue dándose una idea de todo cuanto estaba pasando en la Luna.

—He de salir de aquí. Tengo que desbaratar los planes de ese asesino.

Y con un tesón digno de encomio, se puso a mirar y a estudiar detenidamente las paredes de la habitación por si descubría la forma

de evadirse de aquel encierro.

Por más que estuvo buscando y rebuscando no dio con la manera de poder huir. Los bandidos sabían muy bien dónde la habían encerrado. Pero no se desanimó.

—Tiene que haber una forma—se repetía tesonera—tiene que haber una forma.

Y seguía buscando.

Se acercó a la cama. Miró por todos los lados y tras un pequeño mueble encontró una extraña herramienta. Parecía una llave inglesa, en cuanto a la forma, pero difería de ésta en cuanto a sus características generales. Estuvo observándola durante un buen rato. Sus ojos, semientornados, estaban fijos en aquel instrumento como esperando que hablase. Lentamente, con él en la mano, se sentó en la cama. Así estuvo bastante rato. Fue a dejarlo sobre la mesita de noche, cuando escuchó un leve ruido. Se percató mejor y una sonrisa floreció en sus labios. El ruido procedía de la puerta. Lo producía al introducir la llave en la cerradura. Rápidamente concibió un plan. Se acostó y se tapó con las limpias sábanas. Cogió la extraña herramienta y la escondió bajo su cuerpo mientras se aferraba fuertemente a ella.

La puerta se abrió y apareció un hombre. Venía risueño y alegre.

—¿Cómo se encuentra la palomita?—preguntó. Al no recibir respuesta, ya que Francis se hizo la dormida, se fue acercando despreocupadamente a la cama. Se incorporó sobre ella y dijo:

—¡Vaya, todavía está durmiendo! Pues sí que es fuerte esa bebida que le dio el profesor Waret. Hay que despertarla. Tiene que ingerir algún alimento.

Su mano se extendió para zarandear levemente a la muchacha, pero ésta no hizo ninguna señal de despertarse. El hombre se volvió a reclinar y aquél fue el instante escogido por Francis. Rápida como el pensamiento, sacó la mano de debajo de la sábana, armada con la rara herramienta y con ella golpeó fuertemente la cabeza del hombre. Un extraño quejido salió de la garganta masculina al tiempo que se desplomaba en el suelo.

Francis se levantó de un salto. Miró al caído y se dijo:

—No, no lo he matado. Tengo que atarle y amordazarle— Y con ágiles y seguros movimientos fue rompiendo la sábana en varias tiras. Después de arrollarlas y mojarlas para que fueran más fuertes, ató fuertemente las manos del hombre y los pies. Después le amordazó convenientemente.

—Ya está. Este ya no se mueve de aquí. Ahora hay que sacarle la llave.

Rebuscó por los bolsillos hasta que dio con una pequeña y extraña. La sostuvo en la palma de la mano sonriendo triunfalmente.

—Menos mal que el traje espacial que me han puesto disimula bastante mi condición de mujer. Debo encontrar un gorro para esconder mis cabellos.

Lentamente y tomando muchas precauciones, se acercó a la puerta. Pegó el oído y no escuchó voces de nadie. Introdujo la llave en la cerradura y con parsimonia la fue abriendo.

Se deslizó por el pasillo largo y ancho. No conocía la distribución de aquel palacio y tenía que ir con sumo cuidado para no tropezarse con ninguno de los malvados. Tuvo suerte. Llegó a un amplio salón. Allí había varios trajes y unos cuantos gorros espaciales. Se puso uno de ellos. No había ningún espejo para comprobar el efecto, pero Francis estaba segura de que parecía un hombre.

Decidida dejó el salón y se marchó por un pasillo. Unas voces claras y concretas llegaron a sus oídos. Ricardo Piera estaba hablando con varios de sus compinches. Miró a través de una pequeña pantalla y lo que vio le paralizó la sangre.

Aquella pequeña pantalla daba al gran laboratorio. En él estaban reunidos todos los asesinos. Ricardo les hablaba con vehemencia. Sobre una pared amplia y lisa se alineaban una serie de pantallas televisoras; en ellas se reflejaban con excepcional claridad un numeroso grupo de «vampiros de la muerte» en pleno vuelo. Allá, al fondo y como un punto ígneo y redondo, se veía la Tierra. Tanto el profesor Waret como sus tres ayudantes pulsaban un sinfín de botones y miraban a un enorme mapa.

Francis se separó horrorizada. Había comprendido. Los «vampiros de la muerte» eran unos robots perfectamente construidos y desde aquel laboratorio se les dirigía. Tenía que hacer alguna cosa para que no llegasen a la Tierra. ¿Pero cómo lo impediría? No tenía armas y aquellos hombres eran muy superiores en fortaleza y número. Había que utilizar la astucia y la inteligencia.

Prudentemente se separó de la pequeña pantalla y se deslizó a otro laboratorio. Debía pensar, pensar con rapidez.

* * *

Los «vampiros de la muerte» llegarían de un momento a otro a la Tierra. Andrés Valero, en el observatorio astronómico de San Francisco, se devanaba los sesos buscando la fórmula para de-tenerlos.

—¡Vamos!—gritó imperativamente Luis—. Hay que llegar cuanto antes a Ginebra. El Presidente de las Naciones Unidas debe dar la orden al ejército para que se ponga en pie de guerra.

El profesor Willas Rex los despidió cordialmente. Los dos jóvenes bajaron las escaleras y subieron en el plutogasileo y apretaron el acelerador. Breves segundos después estaban en el aeropuerto. Andrés mostró sus credenciales y el jefe del aeropuerto les dio un aparato ultrarápido de los que se utilizaban para hacer las reparaciones en pleno vuelo. Estos aviones, pequeños, de delgado fuselaje y alas casi pegadas al mismo, alcanzaban velocidades cercanas a la de la luz.

Andrés y Luis se metieron en la transparente carlinga, después de haberse colocado el traje apropiado para resistir la gran velocidad, y partieron inmediatamente. Dos segundos después aterrizaban en Ginebra. Sin pérdida de tiempo marcharon al edificio donde estaban las oficinas del Estado. La noche se había cernido sobre la Tierra, pero esperaban encontrar todavía al Presidente en su despacho. No se equivocaron. Varios habían sido los observatorios que habían localizado a los «pteryxmys» y habían dado la voz de alarma.

—Presidente—dijo Andrés entrando en el despacho de la primera autoridad terrícola—, esos malditos vampiros no son otra cosa que robots dirigidos desde la Luna. El profesor Waret está detrás de todo esto.

El presidente le miró asombrado.

—¿Cómo lo sabes?

—Es bastante largo de contar. Ahora no podemos perder ni un segundo. Tiene que dar las órdenes a todos los aeropuertos y bases del ejército para que se pongan en pie de guerra.

El Presidente, junto con el gobierno en pleno, aceptaron unánimemente la sugerencia de Andrés Valero. Las emisoras comenzaron a difundir el mensaje. Segundos después, en los más lejanos y recónditos confines del Planeta ya se sabía la noticia. Los soldados, pertrechados con sus más modernas armas, esperaban la llegada de los «vampiros de la muerte». La Tierra bullía de tensión. El Presidente, el gobierno, Andrés Valero y Luis Andersen, pegados a las emisoras, esperaban impacientes las noticias. Del Observatorio de Londres llegó la primera:

—Los «vampiros» han llegado a nuestro Planeta.

Aquello fue la señal. Segundos después comenzaron a recibirse mensajes y más mensajes.

—Aquí Florida. Dos de esos «vampiros» vomitando extrañas y mortíferas llamas que todo lo destruyen, se acercan a nuestra base secreta de armas. Tres regimientos les han salido al paso. Pero ni las cargas masivas, ni las descargas termonucleares son capaces de detenerles. ¿Qué hacemos?

Antes de que se pudiese contestar aquella llamada de angustia,

sonó de nuevo otra emisora:

—Aquí Cabo Cañaveral. Tres de los monstruos avanzan destrozándolo todo. Nada puede detener su paso. Hemos probado hasta la cortina de rayos sólidos. ¿Qué hacemos?

De nuevo repiqueteó la emisora:

—Aquí Isabelville. Dos vampiros incendian la ciudad. Las pobres gentes huyen despavoridas. Es un espectáculo enloquecedor. Nuestras armas son impotentes para detener su avance.

…Aquí Berlín… Aquí Madrid… Londres… Washington… Pekín… Nueva Deli… Tokio… Ceilán…

Andrés Valero tenía los ojos arrasados en lágrimas de impotencia. Toda la Tierra lanzaba el mismo llamamiento, el mismo clamor angustioso y de desesperación. ¿Qué hacer? Aquellos monstruos estaban construidos con un material que nada podía destruirlos.

Andrés, con la voz velada por la emoción, habló a todos los cuarteles generales de la Tierra:

—Amigos, os está hablando el General Andrés Valero. Sé que en estos momentos de angustia y de desolación las palabras de aliento suenan un poco vacías y huecas. No os voy a decir, vosotros lo sabéis tan bien como yo, que estamos amenazados de un peligro inminente. Pero hay que hacerle frente sea como sea. Que se utilicen los nucleocañones, que se pongan en funcionamiento nuestros electrorobotélicos, en fin, que se pongan todas las armas, todo el valor, la inteligencia y el amor a nuestro Planeta al servicio de la causa. Que nadie desmaye.

Aquellas palabras de ánimo, dichas por el hombre que supo vencer a los hombres gusano de Ceres, levantaron la decaída moral del ejército. Salieron de los escondrijos los electrorobotélicos, enormes robots que eran como centrales eléctricas, despidiendo descargas del orden del millón de vatios. Salieron los nucleocañones y se esperó con ansia y con rabia a los «vampiros».

Estos, siguiendo su misión destructiva lanzaban por su repulsiva boca las llamas verdiazules del plutolicuol. Nada se resistía a su paso. Los electrorobotélicos caían derretidos como si hubiesen sido hechos con mantequilla. Los nucleocañones disparaban sus descargas de muerte, pero antes de llegar a los «vampiros» morían en el aire contrarrestadas por unas extrañas y misteriosas fuerzas.

La muerte, la destrucción, la desolación cundía por la faz de la Tierra. Se diría que doscientos jinetes de la Apocalipsis cabalgaban por su accidentada redondez.

Andrés Valero se mordía los puños.

—No, no podemos contra esos bichos. Son mucho más potentes que nosotros. Sólo hay una manera de vencerles.

—¿Cómo?—preguntaron angustiados el Presidente y los miembros del gobierno.

—Yendo a la Luna y destrozando el mecanismo que les da vida.

—-Pero...

—No hay más remedio.

La puerta del despacho del Presidente se abrió de par en par. Aparecieron en ella el profesor Duglas, Curtis, Adam y Tatiana.

—Nos hemos enterado de lo que ocurre. ¿Podemos hacer alguna cosa?

El Presidente les miró con tristeza.

—Me temo que no. Estamos completamente perdidos.

—No lo estamos—gritó valientemente Andrés—. Iré a la Luna.

En pocas palabras puso en antecedentes a su esposa y a sus acompañantes de lo que sospechaba, mejor dicho, de lo que estaba cierto.

Tatiana le miró valientemente.

—Vamos a la Luna. Yo te acompañaré.

—Y nosotros—dijeron los científicos.

El Presidente trató de disuadirles. Era correr un enorme riesgo. Pero Andrés estaba decidido.

— Debemos marchamos — dijo enérgicamente—. ¿Tú nos acompañas, Luis?

—Eso ni se pregunta—dijo el valiente comandante.

—Pues andando. Estamos perdiendo ya un tiempo precioso.

Pero en el instante mismo que iban a salir, se escuchó el mensaje de una emisora:

—Algo insólito está ocurriendo. Los «vampiros» han dejado de vomitar sus llamas verdiazules y se han quedado parados. No se mueven. No nos atrevemos a acercamos por si es una treta. ¿Qué hacemos?

Andrés se detuvo. Miró al Presidente y los miembros del gobierno. Luego habló rápidamente por la emisora:

—Si se han detenido, deben impedir que vuelvan a ponerse en movimiento. Destrúyanlos. Si no se atreven a ir ustedes manden a los electrorobotélicos. Ellos se encargarán de su aniquila-miento.

El Presidente murmuró:

—¿Qué es lo que habrá sucedido?

—No lo sé.

Otra emisora volvió a escucharse.

—Aquí Madrid. Los «vampiros» se han detenido en su avance. Ya no lanzan las llamas.

...Aquí Londres... Cabo Cañaveral... Berlín...- Constantinopla... Melbourne... Ottawa... El Cairo... Nanjing... Tokio... Manila...

Todos decían lo mismo. Andrés conectó con todas las emisoras y les habló de nuevo:

—Destrúyanlos. Para ello utilicen los electrorobotélicos. No les den tregua. —Luego se volvió a sus amigos—. Vamos, algo debe haber ocurrido en la Luna. Tenemos que aprovecharnos de este segundo de inactividad de los «vampiros».

A todo correr salieron del edificio del Estado y subieron en un bólido. Tatiana se sentó junto a su esposo.

—¿Qué piensas de todo esto?—preguntó.

—No lo sé. Esa paralización de los «vampiros» me da muy mala espina. Puede ocurrir que se haya estropeado el cuadro de mandos o que estén preparando una nueva expedición.

Cuando llegaron al aeropuerto se encontraron con un enorme revuelo.

La tensión y el miedo cundía en todos. Andrés se abrió paso entre el cordón de soldados que cercaba los hangares. Un oficial se acercó a él respetuosamente.

—Terminamos de recibir un comunicado del propio Presidente. Nos ha dicho que le preparásemos una nave espacial para ir rápidamente a la Luna.

—Así es.

—Ya está esperándole, señor.

—¿Los equipos espaciales?

—En el hangar de pruebas.

—¿Han colocado yelmos oxigenantes?

—Sí, señor.

—¿Cuántos ?

—Doce.

—Pongan otros doce más. Puede que nos hagan falta.

-—Sí, señor. Así se hará.

Andrés miró a sus compañeros.

—Vamos, la aeronave está preparada.

Todos fueron hacia los hangares de pruebas y allí encontraron los

equipos espaciales. Se vistieron rápidamente con ellos y salieron en dirección a la aeronave.

Andrés ayudó a subir a sus amigos. Después se metió en la carlinga frente al cuadro de mandos. Allí ya había un hombre. Andrés no lo reconoció al principio, luego exclamó:

—¡Pero si es Carlos Ponti!

—El mismo, señor. Me he enterado de que hacía este viaje y me he presentado voluntario.

—Me alegro, Carlos. Revise los cuadros.

—Ya están.

—Pues suelte la primera carga. El tiempo en este instante vale mucho más que el oro.

CAPÍTULO VII

Q

ué había sucedido en el gran palacio lunar para que los «pteryxmys» se hubiesen paralizado?

Esa era la pregunta que se hacía Andrés Valero, mientras aferrado a los mandos de la aeronave cruzaba raudamente el oscuro espacio.

Mientras tanto en la Luna se estaba desarrollando una tremenda escena.

Francis Dean fue recorriendo las grandes estancias del palacio. Entró por todos los laboratorios y departamentos, no encontró a nadie. Debían hallarse todos, en aquel momento, reunidos en el salón de las pantallas televisoras, donde estaban los cuadros de mando que daban vida a los robots demoníacos del profesor Waret.

Fue en aquel mismo instante, cuando a Francis le asaltó un raro pensamiento. No llevaba puesto el yelmo oxigenante y sin embargo podía respirar perfectamente. Recordó que el profesor Waret, lo había leído en varias revistas y periódicos, poseía el secreto de transformar el silicio en oxígeno. Debía encontrar el aparato o aparatos generadores de ese oxígeno.

Y con loco afán se dedicó a la búsqueda. No le fue demasiado difícil dar con ellos. En un oscuro laboratorio, Francis vio tres extraños aparatos que funcionaban continuamente. Una gran cantidad de silicio caía por una de sus bocas graduadas y mediante una serie de serpentines, se transformaba en gas. Este gas, conducido por unas tuberías cristalinas, pasaba a otros departamentos donde se purificaba y de allí, salía en forma de oxígeno, por una red de tuberías, que se esparcían por todo el palacio.

Francis sonrió alegremente. Antes de hacer nada, buscó con afán un yelmo oxigenante. No tardó en hallarlo. En el mismo cuarto había varios. Se lo puso y comprobó el compresor. Funcionaba perfectamente. Luego y sin que la sonrisa desapareciera de sus labios, se armó de una herramienta metálica y con saña rompió las tuberías y después los serpentines del aparato generador.

Una vez hecha esa operación, buscó la salida del palacio. Al no encontrarla, saltó por una ventana. Ya en pleno paisaje lunar, se escondió en uno de los inmensos y poco profundos cráteres que tanto abundan por aquellas regiones.

En el laboratorio de las pantallas televisoras, Ricardo Piera, junto con sus secuaces, miraba satisfecho la acción destructora de sus maléficos robots. El profesor Waret fue el primero en notar ciertos síntomas de asfixia.

—¡El oxígeno! ¡¡El oxígeno!!—exclamó llevándose las manos a la garganta.

Ricardo Piera se tornó lívido. De un salto se levantó y hecho a correr hacia el cuarto oscuro donde estaban los generadores. Cuando los encontró destrozados, soltó una gruesa blasfemia.

Su cerebro le avisó inmediatamente del terrible peligro que corría y se precipitó sobre un yelmo oxigenante. La falta de atmósfera de la Luna hace que los sonidos no se puedan propagar, de ahí que los yelmos oxigenantes llevasen adosados una pequeña, pero potente, emisora-receptora de pilas, por las cuales los terráqueos se comunicaban con la mayor comodidad.

Cuando el jefe de los bandidos tuvo colocado el yelmo, abrió la llave del compresor. El oxígeno fluyó vivificante.

Todos los hombres habían salido dando grandes gritos de

angustia. Todos habían sentido los síntomas del ahogo.

—¡Yelmos, yelmos!—pedían a voz en grito.

El profesor Waret, más viejo que los demás y con menos reservas físicas, no pudo alcanzar el cuarto. Murió asfixiado antes de llegar. Los otros, más resistentes, todavía pudieron colocarse los yelmos. La vida volvió de nuevo a sus pulmones. Pero muerto el profesor, nadie sabía cómo se debían manejar los aparatos para el buen funcionamiento de los «pteryxmys». Ricardo Piera estaba desesperado.

—Yer, Man, Oltra, ustedes son los ayudantes del profesor, deben saber cómo funcionan estos condenados aparatos.

Los ayudantes del profesor, pese a sus rarezas y locuras, le adoraban entrañablemente. Su muerte fue para ellos un rudo golpe. Yer se plantó ante Ricardo Piera.

—Es usted un asesino que convirtió a mi tío en un monstruo de destrucción y de maldad. Mientras él vivió ninguno de nosotros nos atrevimos a contradecirle. Era nuestro maestro. Pero una vez muerto y por su culpa, ninguno de nosotros moverá un dedo para hacer funcionar esos aparatos.

Ricardo Piera sonrió malignamente tras el cristal de su yelmo.

—Nunca es mucho tiempo, Yer. Yo de ustedes lo pensaría mejor. Es necesario que los «pteryxmys» continúen con su acción destructora.

Los tres ayudantes del profesor Waret se irguieron cuan altos eran pero ninguno movió ni un solo párpado.

—¿No han escuchado lo que les he dicho? —gritó fuera de sí el exsecretario de Estado.

El silencio más impresionante siguió a aquel grito.

Ricardo Piera se volvió hacia el general Jacinto Taylor. Le hizo una seña con la mano. El general, sin perder de vista a los tres científicos, ordenó, valiéndose con la mirada, a unos cuantos hombres que se lanzasen sobre los rebeldes. Segundos después Yer, Oltra y Man estaban maniatados. Ricardo les sonreía.

—No sean necios. No deseo causarles daño alguno. Si obedecen mis órdenes nada les ocurrirá. Olvidaremos el incidente.

—Nada tenemos que hacer—repuso Oltra con energía—. Bastante hemos tenido que soportar ya.

Ricardo se volvió hacia uno de sus hombres.

—Len, tráeme un frasco de vitriolo. Van a saber estos necios lo que es bueno.

El exsenador Len Richer salió sonriendo hacia el almacén del laboratorio. Allí fue leyendo las etiquetas que lucían la infinidad de frascos que se alineaban en los altos y grandes anaqueles.

Por fin encontró un gran frasco de vitriolo. Con uno entre las manos corrió hacia donde se encontraba Ricardo Piera y los tres prisioneros.

—Toma, le dijo.

Ricardo sonrió:

—Ustedes mejor que yo saben las propiedades de este producto. No me agradaría tener que utilizarlo contra ustedes, pero si no hacen lo que les he ordenado no tendré más remedio.

Los ojos de los tres prisioneros se agrandaron por el terror. El vitriolo les corroería la carne produciéndoles agudísimos dolores. Pero permanecieron firmes en sus puestos. Allá en lo más recóndito de su corazón todavía conservaban la esperanza de que Ricardo Piera se volviese atrás de su cruel amenaza.

Pero los tres ayudantes del profesor Waret desconocían la sevicia que albergaba aquel cerebro contrahecho.

—Por última vez: ¿Hacen funcionar los «pteryxmys»?

El silencio más absoluto contestó a su pregunta. El general Enrique Dominique exclamó sin poderse contener:

—Utiliza de una vez ese maldito vitriolo. Que sepan que están en nuestras manos.

Ricardo Piera, con una parsimonia escalofriante, destapó el frasco. Lentamente se fue acercando a los prisioneros maniatados. Con la sonrisa en los labios se arrimó a Yer y le dejó caer unas cuantas gotas del líquido corrosivo sobre uno de los pies del joven. Este lanzó un grito agudo. El vitriolo le corroía la carne y el hueso produciéndole una quemazón insoportable.

—¡Canalla! ¡Asesino! ¡Hiena!—gritó sin poderse contener Oltra—. Si estuviera libre…

Un nuevo chorro del líquido infernal cayó sobre la pierna del científico. Oltra lanzó unos gritos de dolor. Pero incapaz de resistir por más tiempo aquella terrible tortura, perdió el conocimiento.

Man, más viejo y por lo tanto más prudente, se dio cuenta de que aquellos hombres, tarde o temprano, se saldrían con la suya. Resistir era obvio y suicida. Por eso dijo:

—Yo pondré en marcha esos aparatos.

Yer, pese al dolor que sentía en el pie, exclamó:

—No lo hagas, Man, no lo hagas.

—Muchacho—le dijo el sabio—, estamos en sus manos, no podemos hacer otra cosa. Yo no quiero veros sufrir.

Ricardo Piera ordenó que se desatara al científico. Cuando Man se

vio libre, se fue acercando a las pantallas. Dio unas vueltas a ciertas manivelas, pulsó varios botones, surgieron unas chispas y en las pantallas aparecieron los «vampiros». Pero junto a ellos, otros robots entraban en el campo visual. Eran los electrorobotélicos terrestres que se habían puesto en funcionamiento. Los electrorobotélicos avanzaban sembrando descargas eléctricas. Los «pteryxmys», inmóviles, indefensos, desaparecían ante la descarga potentísima. Ricardo Piera lanzó un grito agudo:

—Ponga en funcionamiento a los «pteryxmys» si no queremos quedarnos sin ninguno,

¡Pronto!

Man pulsó varios botones más. Brotó un tremendo chispazo. Man murmuró asustado.

—Se ha estropeado el aparato. No funciona.

-—¿ Qué le pasa ahora ?

—No lo sé. Debe ser algún trastorno por falta de oxígeno.

—Véalo inmediatamente. Si dentro de cinco minutos no lo tiene arreglado, le estropearemos el rostro con el vitriolo.

El científico palideció de miedo. No sabía qué era lo que no marchaba bien. El profesor Waret les había enseñado el funcionamiento de aquellos cuadros de mandos, pero nunca entró en interioridades. No sabía cómo iban conectados los hilos de los infinitos telerradares que allí se juntaban. Aquello parecía el cerebro humano que de él parten todos los nervios del cuerpo. Así sucedía con el cuadro complicadísimo. Cientos de hilos se juntaban y. salían, se entremezclaban. ¿Qué podía ser?

Man notó el sudor bajo el cristal del yelmo.

—Yo... yo no sé si podré arreglarlo—dijo tímidamente.

—Si no quiere o no puede, ya sabe lo que le espera...

—Pero...

—Menos hablar y trabaje más...

Yer gritó fuera de sí:

—¡Salvajes! ¡Bandidos!

Ricardo Piera se sonrió cínicamente.

—Len, ese muchacho es que no ha tenido bastante ración con la que le he administrado. Quizás quiera otra para el otro pie.

Len Rex sonrió cruelmente. Cogió el frasco de manos de Ricardo y se fue acercando con parsimonia.

—Voy a destrozarte el otro pie. Ya verás cómo gritas... Me gustan tus gritos.

Man sudaba cada vez más. Yer veía acercarse con ojos horrorizados a Len. Sentía ganas de gritar, de lanzarse contra aquellos bandidos, pero no podía, estaba maniatado.

Man midió con la mirada la distancia que estaba de Len. Sin pensarlo ni un segundo se abalanzó contra el asesino. El golpe fue inesperado y brutal. Los dos rodaron por el suelo. El yelmo oxigenante de ambos se rompió. El vitriolo se esparció por el suelo salpicando los rostros de los dos combatientes. Los gritos de dolor se elevaron en las alas de las pantallas televisoras. Cuando los amigos de Ricardo Piera se repusieron de la sorpresa y fueron en auxilio de su compañero, ya era demasiado tarde. El vitriolo y la asfixia habían terminado con los dos. Yer notó que sus ojos se humedecían.

—Pobre Man. Ha muerto por salvarme. Era un valiente.

Ricardo Piera gritó fuera de sí:

—Yer, ponga en funcionamiento a esos bichos.

—Se equivoca. Uno de mis compañeros ha muerto. No me importa seguir su misma suerte. Ya puede comenzar. Me es lo mismo que utilice el vitriolo. Estoy dispuesto a sufrir lo que sea.

Oltra abrió los ojos en aquel momento. Se sentía morir. Vio en el suelo a Man y a Len y comprendió la lucha sostenida por los dos hombres.

Y en su interior se alegró de la valentía que había demostrado el «viejo», como le llamaban cariñosamente.

Ricardo y sus compinches se miraban unos a otros. No sabían qué hacer. Sin aquellos «vampiros», nunca podrían llevar a efecto sus proyectos. Habían ido demasiado lejos para poder retroceder. Tenían que encontrar la solución.

El general Jacinto Taylor exclamó:

—El profesor Waret debe tener escrito por alguna parte el funcionamiento de estos bichos. Vamos a ver si lo encontramos.

Como un solo hombre partieron todos hacia la biblioteca del profesor Waret. Sólo se quedaron en la sala los dos prisioneros.

Yer dijo a Oltra:

—Debemos soltamos.

—Ya lo he intentado. Nos han atado fuertemente. Nunca podremos romper las cuerdas.

Yer exclamó:

—No las romperemos, pero las quemaremos.

Oltra comprendió lo que se proponía hacer el valeroso muchacho.

—¿Qué piensas hacer?—exclamó alarmado.

—Ahora lo verás.—Se echó al suelo y rastreando como si fuera una serpiente llegó al lugar donde se había desparramado el vitriolo. Allí, y haciendo un alarde de fuerza, se dobló sobre sí mismo hasta poner las cuerdas que sujetaban sus muñecas sobre el corrosivo líquido. El vitriolo tocó las muñecas del muchacho. Este tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar. Su frente se perlaba de un sudor frío y los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero pese al intenso dolor que sentía no separaba las manos. Allí las tuvo hasta que notó que la cuerda aflojaba. Dio un suave tirón y se encontró libre.

Sonrió entre lágrimas. Oltra le había visto hacer y estaba angustiado. Rápidamente, Yer se desató los pies y cojeando llegó hasta su amigo. No se dijeron nada. Sobraban todas las palabras. Por fin, Yer logró desatar a Oltra. Ya libres los dos muchachos se miraron. Bastó aquella mirada. Armados de sendas palancas de hierro rompieron sañudamente los cuadros de mandos. Una vez destrozado aquel complicadísimo rompecabezas, Yer exclamó:

—Marchémonos antes que vengan. Si nos descubren nos matarán.

Sigilosamente salieron del palacio. Ya en pleno paisaje lunar, Oltra preguntó:

—¿Quién sería el que rompería los aparatos generadores de oxígeno?

Habían ocurrido tantos hechos en pocos minutos que nadie se hizo la pregunta, Yer ni se había dado cuenta de ello.

—No 1o sé.

—¿Pudiera haber entre esos hombres alguno que fuese bueno?

—No lo creo.

—¿ Entonces ?

Yer se dio una palmadita sobre el yelmo.

—La muchacha. ¿Dónde estará la muchacha?

Oltra se sobresaltó.

—Lo más fácil es que haya muerto.

—Tenemos que ir a por ella.

Valientemente volvieron sobre sus pasos. Conocían muy bien el palacio y entraron por una puerta secreta. Rápidamente se llegaron a la habitación donde estaba la muchacha prisionera. Abrieron la puerta con una llave maestra y se encontraron con un hombre tirado en el suelo. Estaba atado y amordazado. Le miraron y estaba muerto. La falta de oxígeno le había matado.

—La muchacha se ha escapado. Ella es la que rompió los generadores. Vamos. Puede estar en peligro.

Salieron de nuevo y Oltra preguntó:

—Yer, ¿le guardas rencor a la muchacha?

—¿Por qué?

—Si ella rompió los generadores, fue la causante de la muerte de tu tío.

—Y la que paralizó la acción destructora de los «pteryxmys». No, no puedo guardarle rencor a quien nos ha demostrado poseer mucho más valor que nosotros. Ella sola se enfrentó con todos esos criminales. Mi tío ha muerto, pero si bien lo miras se lo merecía. Era un gran sabio, pero se dejó embaucar por ese bandido de Ricardo Piera. Nosotros debimos oponemos desde el primer momento. No lo hicimos, por cariño al viejo o por… cobardía. Esa muchacha nos ha dado una gran lección.

Oltra sonrió satisfecho al escuchar aquellas palabras. El también pensaba lo mismo.

—Me alegro que pienses así, Yer. Corramos. Nos esconderemos en algún cráter. Desde allí veremos la reacción de esos bandidos.

CAPÍTULO VIII

L[image]

a nave espacial conducida por Andrés Valero y Carlos Ponti, había entrado en el campo de atracción de la Luna. Ni un solo instante dejaron de perder contacto con la Tierra. Las emisoras de la nave transmitían mensaje tras mensaje recibiendo además los que desde la torre de control les enviaban. Por ellos supieron que los «vampiros de la muerte» inmovilizados todavía eran destruidos por los electrorobóticos. En los lugares donde las terribles centrales eléctricas andantes no podían llegar, los soldados, haciendo un alarde de valor, los destrozaban utilizando los fusiles termonucleares.

Andrés estaba impaciente por llegar a la Luna. Pensaba y con mucha razón, que algo había ocurrido en el cuadro de mandos de los «vampiros». Si tardaban unos minutos más en arreglar la avería ya sería demasiado tarde.

Ninguno de los «robots» lunares estaría en condiciones de obedecer las llamadas de sus asesinos constructores.

Carlos Ponti, que no separaba los ojos de la pantalla telerradárica

exclamó alegremente:

—Ahí tenemos ya a la Luna. Dispongámonos para hacer el aterrizaje.

Andrés apretó el botón del dictáfono que comunicaba con la cámara donde iban su esposa y sus amigos y habló rápidamente:

—Prepárense. Vamos a efectuar el descenso. Cójanse fuertemente a los asideros de las metálicas paredes. Estén atentos a cualquier llamada de aviso. Corto. Si hay alguna novedad comuníquenla antes de descender. Cambio.

Se escuchó un leve silbido. Luego la inconfundible voz de Tatiana.

—Todo está en orden, Andrés. Desciende cuanto antes. Todos estamos muy impacientes. Cambio y corto.

Andrés sonrió tranquilizado. Carlos Ponti dijo admirativamente:

—Es una gran mujer su esposa, general. Andrés no contestó. El sabía que era cierto lo que le decía el piloto. Su esposa era una gran mujer. Valiente, inteligente, audaz. Sin su apoyo moral no hubiese podido nunca organizar las maravillosas factorías que funcionaban en Ceres explotando las riquezas de aquel planetoide.

—Bajemos—dijo escuetamente.

Carlos Ponti se hizo cargo de los mandos. Con su habitual pericia fue descendiendo lentamente sin apartar los ojos de la pantalla telerradárica que le mostraba el camino. Vio una gran planicie donde los cráteres estaban bastante separados y dijo:

—Agárrese, general. Voy a descender casi verticalmente. No tengo mucho terreno libre y quiero aprovecharlo.

Andrés se dio cuenta una vez más de la gran valía del piloto. La nave espacial obedeció dócilmente y blandamente, muellemente posó sus ruedas en la luna. Sólo unos cuantos metros de deslizamiento para quedar definitivamente parada.

—Magnífico, Carlos. Te vas superando a ti mismo—dijo Andrés realmente entusiasmado.

Carlos abrió la escotilla de la carlinga y saltó fuera de la nave, Andrés le imitó. Los viajeros abrieron la puerta, herméticamente cerrada y también saltaron a la Luna.

—Ya estamos—dijo Andrés a guisa de saludo—. Ahora tendremos que buscar el palacio del profesor Waret.

—Yo sé dónde se encuentra—dijo el profesor Adam—. Hace algunos años vine a hacerle una visita. Fue a raíz de su descubrimiento sobre el plutogás.

—¿Sabría orientarse aquí?—preguntó Andrés.

—Sí. Estas enormes soledades son capaces de trastornar a cualquiera menos a mí. Las he explorado infinidad de veces. Mi profesión de mineralogista así me lo ha impuesto.

—¿Estamos muy lejos de ese palacio?—preguntó Tatiana.

—No demasiado, pero sí a un buen trecho. Tardaremos varias horas en llegar.

—Pues, usted abre la marcha, profesor Adam. Nosotros le seguiremos.

El profesor sonrió. Antes de que se pusiera en movimiento la comitiva, Andrés preguntó:

—¿Llevan todos las armas?

—Sí. Hemos cogido pistolas y fusiles—respondió el profesor Duglas.

—-Pues, andando.

Tatiana se puso al lado de su marido. Sus ojos resplandecían de amor y felicidad.

—¡Cuántas horas estamos pasando uno lejos del otro!—dijo con media sonrisa en los labios. Andrés soltó una carcajada que resonó a hueco dentro del yelmo oxigenante.

—Cuando todo termine con bien, si es que termina, ya nos vengaremos, muñeca.

Tatiana sintió latir fuertemente el corazón. Ya hacía algún tiempo que no la llamaba «muñeca» y a ella ¡le gustaba tanto oírselo decir!

* * *

Ricardo Piera y sus compinches rebuscaron por todas partes la biblioteca del profesor Waret. Fue el general Jacinto Taylor el que lanzó una exclamación llena de alegría.

—Aquí, aquí está. Mirad—y enseñaba un grueso cuaderno.

Ricardo lo cogió y leyó rápidamente. «Modo de manejar el cuadro de mandos de los «pteryxmys» y averías que pueden presentarse en un momento determinado.»

Ricardo soltó una siniestra carcajada.

—De nuevo volvemos a ser los dueños de la situación. Vayamos al laboratorio de las pantallas televisoras. Arreglaremos la avería y nuestros robots se encargarán de destrozar lo poco que quede de la Tierra.

Salieron satisfechos y risueños. En los rostros de aquellos hombres se leía la más óptima de las alegrías. ¡Volvían a ser fuertes, dominadores, invencibles!

Pero la sonrisa se les heló en los labios cuando llegaron al laboratorio de las pantallas. Todo el complicado cuadro de mandos estaba completamente destrozado. Reconstruirlo era materialmente imposible. Sólo el cerebro de su creador podía arreglarlo. Una horrible blasfemia brotó de todos los labios. Casi inconscientes volvieron los ojos hacia donde poco antes dejaron maniatados a los dos ayudantes del profesor. Al no ver nada más que las cuerdas en el suelo, Ricardo Piera exclamó:

—Esos bandidos se han desatado y han roto el cuadro de mandos. ¡Estamos perdidos! Tarde o temprano sabrán en la Tierra que las emisiones que movían a los «pteryxmys» salían de la Luna y vendrán a por nosotros. Tenemos que buscar la forma de marcharnos de aquí.

—¿Pero cómo? No tenemos ninguna nave espacial.

—Nosotros no, pero el profesor sí tenía una. Hay que encontrarla.

El general Jacinto Taylor impuso silencio. Era un hombre de gran prestigio entre los suyos.

—No seamos locos. Si los ayudantes del profesor andan sueltos por la Luna lo más fácil es que se hayan llevado la nave o la hayan destruido, en cuyo caso perderíamos el tiempo miserablemente. Hay que salir en busca de esos malditos científicos y obligarles a que nos digan dónde tienen escondida la nave espacial. Además, no podemos marchamos de aquí sin castigarles como se merecen.

Ricardo Piera aceptó inmediatamente la sugerencia del general.

—Sí, salgamos. Recoged todas las armas que encontréis. Pueden hacemos mucha falta.

Y las dos docenas de hombres que seguían de una manera fanática al criminal, salieron del palacio dispuestos a cazar a los dos jóvenes científicos.

Más de media hora llevaban en la búsqueda sin encontrar el rastro de los fugitivos. Fue el general Dominique el que gritó con todas sus fuerzas.

—¡Venid! Aquí hay huellas de pasos.

Vanos de los asesinos se juntaron con el general. En efecto, en el suelo se veían las inequívocas huellas de las pesadas botas espaciales.

—No deben estar muy lejos—dijo Max Brichi, el científico de los revolucionarios.

—Eso creo yo—respondió el general Dominiqui—. Vamos a rastrear todo este contorno. Aquí hay numerosos cráteres, quizá estén escondidos en alguno de ellos.

Asintieron en silencio y prepararon las armas. Rápidamente se esparcieron en abanico y fueron husmeando en todas las aberturas de

tipo volcánico.

Max Brichi al frente de un grupo de tres hombres se asomó a una de aquellas bocas y vio un bulto que trataba de ocultarse tras un peñasco. El científico lanzó una risotada brutal.

—No te escondas como un conejo. Te he visto. Sal de ahí con los brazos en alto si no quieres recibir en plena espalda una descarga de rayos termonucleares.

El bulto se quedó parado. Lentamente se levantó. Cuando Max Brichi distinguió su rostro, a través del cristal del yelmo oxigenante, exclamó sin dar crédito a sus ojos:

—¡Francis Dean!

En efecto, era la muchacha.

Ricardo Piera y el general Taylor se acercaron rápidamente.

—¿Qué sucede?

Max respondió:

—Hemos encontrado a Francis Dean.

—¿A Francis Dean ?—preguntó extrañado Ricardo—. Ya me había olvidado de ella—y como si en aquel momento se hiciera la luz en su cerebro gritó—: ¡Claro! ¡Qué torpes hemos sido! Esa muchacha salió de la habitación en que la habíamos encerrado y rompió los generadores de oxígeno. Por su culpa nos vemos en esta situación. ¡Vamos, cogedla!

La muchacha asustadísima, pues sabía lo que le esperaba, fue ascendiendo lentamente. Sobre sí sentía las oscuras bocas de los fusiles termonucleares. ¡Su último segundo había llegado! Pero no le importaba. Moriría con la sonrisa en los labios. Presentía que había causado mucho daño a aquellos bandidos. Lo demostraba el verles allí reunidos.

Ricardo se asomó al cráter y le gritó.

—Dese prisa. No vamos a estar esperándola durante toda la vida.

La muchacha sonrió con tristeza. Ricardo Piera se impacientaba. Tenía muchas ganas de tenerla entre sus garras. Al revés que ella. Cada paso que daba sabía que le conducía a la muerte.

Poco a poco llegó a la cumbre. Ricardo se abalanzó contra la joven hecho una fiera.

—Me las vas a pagar todas juntas, ¡periodista del demonio! Rompiste los generadores de oxígeno y por culpa tuya todo mi plan se ha derramado por los suelos. Pero yo te aseguro que recordarás siempre a Ricardo Piera. No, no pienso matarte. Sería muy dulce para ti. No, la muerte te llegará a su hora. Pero yo te mutilaré. Esa cara tan hermosa la destrozaré. Tengo que hacer de ti el monstruo más

repulsivo que jamás haya visto hombre alguno. ¡Ya verás con cuanto arte voy a moldear tu rostro!—y lanzó una carcajada histérica.

El general Taylor se acercó a Ricardo.

—No debemos perder el tiempo con esta muchacha. Hay que cazar a esos malditos ayudantes del profesor Waret.

Francis que al escuchar las terribles amenazas del jefe de los bandidos había palidecido, se sintió reconfortada al saber que otros hombres se habían puesto en contra de aquellos criminales. Todavía quedaba" la esperanza.

—Tienes razón, Taylor. No perdamos el tiempo. Ya nos sobrará cuando tengamos en nuestro poder a esos cobardes—Se volvió hacia uno de sus compinches y le ordenó—: Tú, Oliver, llévate a esta muchacha al palacio. Me respondes con tu vida, de la seguridad de ella. Quiero conservarla para vengarme a, mi placer. ¿Entendido?

—Sí—dijo sonriendo con crueldad el hombre.

Y mientras Oliver se llevaba prisionera a la muchacha, Ricardo Piera y sus compinches continuaron explorando el desértico paisaje lunar.

* * *

Yer y Oltra huyeron del palacio a toda la velocidad que les permitían las grandes botas espaciales y las heridas. Trataron de buscar a la muchacha, sin resultado positivo. Escondidos tras un lejano montículo, vieron avanzar a los hombres de Ricardo Piera.

—Escondámonos. Si nos ven estamos perdidos.

Así lo hicieron los dos jóvenes. Se arrimaron al montículo pegando materialmente sus cuerpos a la arenosa tierra.

Yer lentamente fue ascendiendo. No quería perder de vista a los bandidos. Llegó a la cumbre y oteó el horizonte. La escena que vio le dejó paralizado. Ricardo Piera había capturado a la muchacha.

—Oltra. La chica está de nuevo en poder de esos asesinos. Debemos hacer algo por ella.

—Sí—respondió el otro—pero no ahora. Fuimos demasiado incautos. Al salir del palacio no cogimos armas. No podemos enfrentarnos abiertamente con esos hombres. Nos matarían. Hay que utilizar la cabeza.

Así lo creyó también Yer, pues no hizo comentario alguno.

Los dos muchachos, gatearon por el montículo hasta encontrar una profunda hendidura.

—Aquí estaremos hasta...

—No, Yer. No debemos quedamos aquí ni un solo segundo. Esos hombres no se detendrán hasta que no nos hayan dado caza. En bien nuestro y en el de esa muchacha debemos irnos a toda prisa.

—¿Pero hacia dónde?

—Qué sé yo. Cuanto más lejos de aquí, mejor.

Yer asintió. Su compañero tenía razón.

Bajaron del monte y comenzaron a correr desesperadamente.

—Estas malditas botas me molestan horrores —dijo Yer.

—Pues aguántalas. No te las quites. Si lo haces no podrías dar ni dos pasos.

—Ya lo sé, pero...

Y sin más comentarios corrieron de nuevo. De pronto, Oltra que iba en cabeza se echó al suelo.

—Ocúltate. Veo a unos hombres que vienen hacia nosotros.

—Eso es imposible, Oltra. Estás sufriendo una alucinación.

—No, creo que no. Fíjate tú y verás.

Yer se fijó atentamente. Sí, allá a lo lejos se veía un grupo de hombres que avanzaban a paso rápido.

—¿Quiénes serán?—preguntó Yer extrañado.

—¿Los has visto?

—Sí.

—¿Ves como no eran alucinaciones?

—Sí, lo veo. Pero, ¿quiénes serán?

—No lo sé. Pero estoy por asegurarte que no pueden ser los hombres de Ricardo Piera.

—¿Serán terrícolas que vienen a salvarnos?

Oltra miró a su compañero y una amarga sonrisa floreció en sus labios.

—No, no lo creo. Nadie sabe que los «pteryxmys» se mandaban desde aquí.

Yer se quedó pensativo.

—-Puede que eso es lo que nosotros creíamos, pero que no sea así.

El grupo de hombres avanzaba a gran velocidad. Ahora se podían distinguir perfectamente.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Huir es imposible. Nos verían.

—Pues estemos aquí tumbados. Quizá pasen sin darse cuenta de

nuestra presencia.

—Qué tontos hemos sido al no coger armas.

Callaron y se pegaron al suelo.

El grupo, que no era otro que el mandado por Andrés Valero, se acercaba rápidamente. Fue Tatiana la que dijo:

—Creo que allí hay dos hombres.

—¿Dónde?—preguntó Andrés.

—Allí. Míralos. Tratan de ocultarse, pero yo los veo perfectamente. El brillo del yelmo oxigenante los descubre.

—Es cierto—dijo Andrés—. Esperadme— ordenó.

Junto con Carlos Ponti se adelantó unos pasos.

Luego se echó el fusil termonuclear a la cara y gritó:

—Sea quien sea que levante los brazos. Voy a contar hasta tres. Si no lo hacen dispararé a matar. Atentos. Uno... dos...

No fue necesario que llegara a los «tres». Yer y Oltra se levantaron.

—Nos han descubierto—dijo el primero.

—Sí, pero creo que éstos no son unos asesinos.

—¡Que Dios te oiga!

CAPÍTULO IX

Yer y Oltra fueron avanzando hacia Andrés Valero y Carlos Ponti. Tanto unos como otros tenían los nervios tensos, y un sudor frío les bañaba la frente dentro del yelmo oxigenante.

—¿Quiénes serán?—preguntó Carlos Ponti a través de la emisora.

—No tardaremos mucho en saberlo—le respondió Andrés con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Los ayudantes del profesor Waret, con los brazos en alto, ya se encontraban muy cerca de sus apresores. El maldito yelmo no les dejaba ver las facciones de los mismos.

Yer dijo:

—Estos hombres no pertenecen a la banda de Ricardo Piera. Ellos ya hubieran disparado.

Oltra asintió en silencio. Su paso, antes lento y cansino se avivó de pronto. Quería cuanto antes salir de aquel tormento de incertidumbre.

Andrés también anduvo hacia ellos, seguido de cerca por Carlos Ponti, Andrés sintonizó la emisora con la de Yer y Oltra y preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en la Luna?

Un suspiro de satisfacción, de alivio se escapó de los oprimidos pechos de los científicos. Oltra puso en funcionamiento su emisora.

—Mi nombre es Francisco Oltra y soy, mejor dicho, era ayudante del profesor Waret.

Tanto Duglas como Curtis y Tatiana al escuchar el nombre se acercaron con rapidez.

—¡Oltra! ¿Qué sucede aquí en la Luna?—preguntó el profesor.

Los dos jóvenes científicos reconocieron al instante al profesor y contestaron apresuradamente:

—Algo de verdadera pesadilla—y en pocas, pero concretas palabras los dos muchachos les explicaron detalladamente todo cuanto había ocurrido en el palacio-laboratorio del eminente sabio. Cuando terminaron la relación de los hechos, el profesor Duglas exclamó dolorido:

—Es una lástima que Waret haya muerto. Bien es verdad que al final de su vida vendió su cerebro a una banda de asesinos, pero eso no quita para que la Tierra haya perdido uno de sus cerebros más preciados.

Andrés no pensaba en el difunto sabio. Sus ideas iban por otros derroteros. Nunca hubiera podido imaginar que Ricardo Piera, el general Dominiqui, Jacinto Taylor, Max Brichi… y tantos otros estuviesen vivos y además que fueran ellos los asesinos que habían sumido a la Tierra en momentos de intenso pavor y dramatismo.

Duglas y Curtis curaron lo mejor posible las heridas de los jóvenes, Tatiana vio preocupado a su esposo y se le acercó solícita:

—¿En qué piensas, Andrés?

—En esos canallas. Nunca imaginé que fueran tantos. De haberlo sospechado hubiéramos venido a la Luna tres o cuatro aeronaves. Nosotros somos muy pocos para enfrentarnos con ellos.

—Lo haremos. Andrés. Tenemos armas y todos sabemos utilizarlas.

Andrés sonrió tristemente. El valor de su mujer siempre le emocionaba.

—Sí, Tatiana, les atacaremos.

Yer y Oltra informaron ampliamente de las armas que poseían los compinches de Ricardo Piera.

—Ellos saben que están irremisiblemente perdidos—dijo Oltra—; sin la eficaz ayuda de los «pteryxmys» nunca podrán llevar a término sus planes. Pero precisamente por saberse perdidos son doblemente peligrosos. Venderán caras sus vidas.

Andrés ordenó imperativamente:

—Vamos hacia ese palacio. Hay que salir de dudas cuanto antes.

Oltra dijo prudentemente:

—No deben estar en estos momentos en el laboratorio; sin que ellos se diesen cuenta les cogeríamos por sorpresa.

—Sí, desde luego.

—Pues andando.

Los terrícolas obedeciendo la orden de Andrés Valero caminaron más rápidamente. Gracias a la poca atracción lunar, hija de menguado volumen del satélite, andaban rápidamente sin que los músculos se cansasen demasiado. Al llegar al promontorio donde Yer y Oltra se escondieron para presenciar la captura de Francis Dean, el profesor Curtis exclamó:

—Por allá veo un grupo de hombres.

Andrés también los había visto y sin pedir explicaciones se echó el fusil a la cara y disparó tres veces. Las descargas termonucleares, llenaron de profundos ecos las silenciosas soledades de la Luna. Tres de los compinches de Ricardo Piera mordieron el polvo alcanzados por el mensaje de muerte.

Ricardo gritó:

—Huyamos. Los partidarios del presidente nos han localizado.

—¡Estamos perdidos!—gritó Max Brichi.

—¡Nunca saldremos de la Luna!

—¡Jamás conseguiremos nuestros propósitos!

—¡ Corramos!

Cada uno de los bandidos lanzaba su doliente exclamación. El único que todavía conservaba la sangre fría era Ricardo Piera.

—No seáis unos cobardes. Todavía tenemos un triunfo de gran valía en nuestras manos. Lo jugaremos.

Los generales Taylor y Dominiqui le miraron sin comprender a qué se refería. Ricardo Piera aclaró:

—No creo equivocarme al afirmar que el jefe de ese maldito grupo es Andrés Valero. No puede ser otro. Pero yo le venceré. En nuestro poder está Francis Dean. Cambiará su vida por la nuestra.

Huyamos. Nuestra salvación está en llegar al palacio.

Un rayo de esperanza brotó en los pechos de los asesinos. Comprendieron el plan de su jefe y sin detenerse corrieron como alma que lleva el diablo, seguidos por el grupo de Andrés Valero.

—Se nos escapan—dijo Oltra—. Llegarán antes que nosotros al palacio y allí está Francis Dean.

No lo había olvidado Andrés Valero ni Luis Andersen. Lo único que les preocupaba era la muchacha.

Luis, pese a la distancia disparó su fusil termonuclear y dos de los bandidos midieron el suelo.

—Si lográsemos deshacemos de esos tipos antes de que llegaran al laboratorio…

Pero era casi imposible. Les llevaban una enorme delantera y los fusiles, aun siendo de largo alcance, no ofrecían un blanco seguro y certero. Sólo la suerte y la casualidad habían hecho que Luis diese en el blanco.

Todos, perseguidos y perseguidores corrían por las llanuras cuajadas de cráteres, esas llanuras yermas, desoladas, sin una matuja, sin el más mínimo vestigio de agua, sin la menor muestra de vida. Eran llanuras muertas, completamente muertas. Marco adecuado para la terrible lucha que se avecinaba.

Ricardo Piera, alto y magro y ágil, llevaba una considerable delantera a sus compinches. El Palacio-laboratoiio ya estaba muy cerca. Tenían que llegar a él si deseaban, no sólo salvar la vida, sino conseguir el medio de marcharse de aquellas vastas y estériles soledades.

Andrés veía cómo la presa se le escapaba y una rabia atroz se adueñaba de su pecho.

—¡Malditos asesinos!—rugía sin poderse contener mientras corría desesperadamente.

Pero no pudo conseguirlo. Los asesinos llegaron al palacio y desde allí, protegidos en parte por las cristalinas paredes del mismo, confeccionadas de un material a prueba de golpes de aerolito.

Empezaron a disparar sus pistolas de carga.

—No nos acerquemos—dijo Andrés—. Dejémosles que disparen cuanto quieran. Ya terminarán con todas las cargas. Lo que tenemos que procurar es que no se acuerden de la muchacha, atentos sólo con mantenernos a raya puede que…

No pudo terminar la frase. Ricardo Piera, sintonizando su emisora con la de Andrés Valero y la de sus valerosos compañeros, exclamó con voz triunfante.

—¡Andrés Valero! Sé que has venido a por nosotros. Pero esta vez vas a resultar vencido. Todo lo has preparado. Fuiste muy inteligente al averiguar que los «vampiros de la muerte» eran unos «robots» y mucho más listo, al llegar a la conclusión de que se dirigían desde la Luna. Pero de nada te va a servir tu inteligencia. En mi poder está Francis Dean. Si tratas de destrozar con cargas termonucleares este laboratorio, ella morirá. Y no sólo eso, Si no nos dejas salir de aquí y no nos cedes tu aeronave, la mataré. Piénsalo bien, la mataré.

Andrés se quedó pensativo. No le sorprendió la petición. La esperaba. Lo que no sabía era qué responder. Condenar a una muerte segura a una muchacha inteligente, hermosa, plena de vida… era una crueldad. Dejar que aquellos asesinos, que habían destrozado casi todos los aeropuertos de la Tierra; que habían incendiado ciudades y pueblos; que habían sumido en la miseria a miles de familias; que por su culpa habían muerto tantos y tantos hombres, mujeres y niños… dejarlos con vida… también era una iniquidad. ¿Dónde estaría el término medio justo? ¿Qué determinación debía tomar? ¿Sacrificar a sangre fría a Francis Dean y que recibieran el justo castigo o darles facilidades para que pudieran escapar y vivir tranquilamente escondidos en cualquier paraje del inmenso Universo?

Tatiana le veía dudar. Comprendía perfectamente la lucha que se estaba librando en su interior.

—Andrés, haz aquello que consideres justo. Nadie reprochará tus decisiones.

Andrés sonrió:

—Ya lo sé, Tatiana. Nadie me reprochará nada, Pero sí mi conciencia. En buena lid esos asesinos no deben salir con vida de la Luna. Pero humanamente no puedo condenar a una muerte segura a una muchacha inocente, cuyo único delito fue el haber visto de cerca a uno de esos malditos «robots» y después tener una conversación conmigo. No, no puedo.

Luis Andersen se acercó a Andrés.

—¿Vas a dejarlos marchar?

—¿Tú qué harías?

—No lo sé—y bajó la cabeza—. Si te digo que amo a Francis te vas a reír. Sólo la he visto una vez y parece ridículo que me haya enamorado a primera vista.

—No lo es, Luis, yo también me enamoré de Tatiana la primera vez que la vi.

—¿Entonces comprendes mis sentimientos?

—Los comprendo perfectamente.

Pues bien, la amo. Pero pese a ese cariño… ¡Han causado tanto daño esos asesinos para que ahora se escapen…!

Andrés miró y en sus ojos iba todo un mensaje de admiración.

—Gracias, Luis, por tus palabras. Pero…

En aquel momento volvió a escucharse la voz de Ricardo Piera.

—Estoy esperando tu contestación, Andrés Valero. Aquí, junto a mí está Francis Dean. Tengo en la mano un frasco de un ácido muy corrosivo. Si no te decides pronto iré quemando poco a poco su rostro. La dejaré como un verdadero monstruo informe. Cuando la veas no la reconocerás. Sus hermosos ojos dejarán de ver para siempre. Sus labios seductores sólo serán una masa requemada de carne, sus tersas mejillas una pella de terrosa configuración. Decídete.

Andrés, lo mismo que todos los del grupo temblaron de indignación y de impotencia.

—¡Canalla!—silabeó entre dientes Luis Andersen.

Andrés ya se había decidido. Salvaría a la muchacha. Pero en aquel momento se escuchó la voz de Francis Dean. Era firme, sin ningún matiz temblón.

—No se deje ablandar, general Valero. Deje que me destroce este monstruo de maldad. Pero no consienta que se salga con la suya. Sé que hará cuanto dice, pero no me importa. Moriré tranquila y feliz sabiendo que recibe su merecido castigo. Déjeme morir, general. No se ablande.

Las lágrimas coman por las mejillas de Tatiana. Aquella muchacha era valiente y abnegada.

Andrés Valero se mordía los labios. Todos sus compañeros tenían los ojos llorosos, puestos en él. Estaban pendientes de sus labios. El corazón oprimido y contenida la respiración, Andrés por fin se decidió:

—Está bien, Ricardo Piera. Has vencido. Te dejaré marchar si dejas libre a la muchacha.

Una carcajada de triunfo brotó de la garganta del criminal. Un sollozo se escuchó. Era Francis que lloraba de emoción… y de agradecimiento. Pese a su reconocido valor tenía miedo de ser mutilada por aquel salvaje.

Ricardo Piera habló de nuevo:

—¿Dónde se encuentra vuestra aeronave?

—A tres horas de camino.

—Muy lejos es eso… pero si no hay más remedio…

Ricardo habló rápidamente con sus hombres.

—Hay que destrozar todas las emisoras que hayan en el laboratorio. No podemos correr el riesgo de que se comuniquen con la Tierra.

Sus hombres se marcharon rápidamente y buscaron por todas las salas del palacio. No respetaban nada. Todo lo destrozaron. Y aquel maravilloso laboratorio, el mejor de la Tierra, en unos segundos se convirtió en un montón de ruinas.

—Ya está todo roto. Nunca podrán comunicarse con la Tierra.

Ricardo Piera sonrió:

—Les dejaremos aquí aislados. Tarde o temprano morirán—y lanzó una aguda carcajada. Luego se dirigió al micrófono para hablar por él—. Andrés Valero—dijo—me debes entregar todas las armas y yo dejaré libre a la muchacha.

—Eso no es lo convenido. Yo te dejo marchar y te doy mi aeronave. Pero no consentiré en desarmarme. Estando en tus manos serías capaz de matarnos a todos. No, si quieres... ya lo sabes. Y si no... puedes matar a la muchacha. Luego correrás tú su misma suerte. Entérate bien, su misma suerte. Cuanto a ella le hagas te juro que después te lo haré yo a ti.

Ricardo no esperaba aquella reacción de Andrés. A él no le convenía de ninguna manera matar a la muchacha. Lo que deseaba era huir de la Luna. ¿Pero y si le entregaba a la joven y Andrés...?

—Y si te entrego a la muchacha, ¿quién me responde de que cumplirás lo pactado?

—Mi palabra y tus armas—fue la categórica respuesta de Andrés.

Ricardo miró a sus compañeros como pidiéndoles consejo. El general Taylor exclamó:

—Entrega a esa periodista. Marchemos. Andrés Valero sabe muy bien que nuestras armas son tan poderosas como las suyas.

—Está bien—luego habló por el altavoz—. De acuerdo. Voy a dejar libre a la muchacha, pero vosotros debéis marcharos a la otra parte del palacio.

Andrés dijo:

—Conformes.

Y guiados por Yer y Oltra fueron dándole la vuelta al palacio hasta situarse en su parte trasera. Los segundos fueron transcurriendo con una lentitud extraordinaria. Todos sudaban copiosamente. Era el miedo a que Ricardo no cumpliera lo prometido.

Un suspiro se escapó de todos los pechos cuando vieron aparecer a Francis Dean. La muchacha exclamó:

—Nunca debió consentir que se marcharan, general.

Pero Andrés estaba contento, muy contento.

—Calle, calle, Francis. ¿Cómo iba a consentir que la matasen?

La muchacha se abrazó fuertemente a Andrés y después a Tatiana.

Luis Andersen reía y lloraba al mismo tiempo. Tras el cristalino yelmo, Francis se dio cuenta de la emoción del joven y su corazón, femenino y por lo tanto intuitivo, comprendió los sentimientos del apuesto comandante. Y un ligero rubor encendió sus mejillas.

CAPÍTULO X

Oltra y Yer, después del emocionante recibimiento, decidieron entrar en el palacio.

—General Valero. Debemos entrar en el laboratorio. Allí tenemos dos emisoras. Podremos comunicarnos con la Tierra y...

Francis interrumpió:

—No queda nada. Todo lo han destrozado.

Andrés preguntó.- En su voz había alarma y nerviosismo:

—¿Que lo han destruido? ¿Entonces...?

Tanto el profesor Duglas como Tatiana palidecieron.

—¡Incomunicados!

—Así es—respondió Francis—. Por eso le dije que no se ablandara. Tenemos que morir.

Yer se dio una palmada sobre el cristalino yelmo.

—La verdad es que no comprendo muchas cosas. ¿Por qué Ricardo Piera nos buscaba a nosotros tan sañudamente? Él sabía que ya estaba perdido. Lo más inmediato era buscar la forma de salir de la Luna. ¿No les parece?

—-Es lo lógico—dijo Andrés—y eso han hecho. No podían marcharse hasta que no tuvieran una aeronave.

—Pero el caso es que la tenían—dijo Yer.

—¿Qué la tenían?—exclamaron todos al unísono.

—Sí—luego aclaró—. Nosotros y para nuestro uso particular teníamos una pequeña aeronave.

—¿Dónde?

—Pues aquí, en la Luna.

—Ya me lo supongo—dijo sonriendo Andrés— pero pregunto en qué lugar. ¿En el interior del palacio?

Yer rio alegremente.

—¡Oh! No. Mi tío mandó construir un magnífico aeropuerto bastante alejado de aquí. Allí es donde teníamos nuestra aeronave y...

Oltra exclamó dando un grito:

—Y el plutolicuocañón.

Andrés le miró sorprendido.

—Si no me hablan más claro, la verdad es que no les entiendo.

Oltra sonrió:

—La cosa es bastante sencilla. El profesor Waret era un hombre bastante desconfiado y un tanto prudente. Por si en alguna ocasión alguien venía a atacarnos, él construyó el hangar bastante separado del laboratorio y en un lugar de difícil localización. Está entre un grupo de montañas y cráteres profundos. También construyó un plutolicuocañón, es decir un cañón que lanza las temibles llamas verdi-azules del plutolicuor. ¿Comprende ahora?

—Sólo a medias. Sé que los robots construidos por el profesor lanzaban unas llamas mortíferas que eran verdi-azules, pero no sabía nada de... bueno, de eso que termina de decir usted.

—Eso—dijo Yer—es simplemente el plutogás concentrado de tal manera que se convierte en líquido. Es un combustible tan potente que su llama es capaz de derretir...

—Sí, eso ya lo sé—cortó Andrés—. Aquí lo que hace falta es marcharnos cuanto antes a ese hangar.

—Pues corramos.

El grupo se puso en marcha guiado por Yer. Andrés Valero junto al joven hablaba animadamente para que le explicase todo lo relativo al plutolicuor. Le interesaba saberlo. Tras ellos, Tatiana y el profesor Duglas. Ambos iban callados. Sus mentes se concentraban en el hallazgo de aquella aeronave providencial. Casi a la misma altura que ellos, el profesor Curtis y Adam, junto con Carlos Ponti, comentaban

las terribles incidencias ocurridas en el término de aquellas agitadísimas 24 horas. Y más rezagados, como buscando la soledad, Francis Dean caminaba al lado de Luis Andersen. El joven comandante no sabía cómo iniciar la conversación. ¡Tenía tantas cosas que decirle que no encontraba el modo de comenzar!

—¿Le causó algún daño Ricardo Piera?—dijo tímidamente.

—No, no me hizo nada—dijo Francis ruborosa.

—Cuando supe que había sido raptada sentí una gran pena. Afortunadamente no ha sucedido lo peor.

—Sí… afortunadamente…

Luis se devanaba los sesos. ¿Cómo le diría que estaba loco por ella?

—En San Francisco conocí a su tío Williams Rex. Es muy simpático y agradable. Gracias a su eficaz colaboración supimos que los «vampiros de la muerto eran unos robots dirigidos desde la luna.

Francis sonrió deliciosamente bajo el yelmo.

—¿Así que mi tío ? No se creyó ni una palabra de lo que le dije respecto al primer «vampiro» que vi.

—Sí, eso nos dijo. Por cierto que estaba muy desconsolado. Decía que él tenía la culpa de su desaparición.

—Pobre tío Williams—dijo con infinita ternura.

—Yo… yo…—se atrevió a insinuar Luis—. Yo…

—¿Qué, Luis?—lo dijo espontáneamente, sin amagos de coquetería.

—Pues yo, Francis…

Andrés se volvió y los vio caminar juntos y sonrió para sus adentros. El amor no mira ni lugar ni momento. Para él todos les sitios son hermosos y románticos y todos los instantes apropiados. ¡Qué grande poder el del amor!

No fue necesario que Luis terminase la frase. Francis le apretó la enguantada mano. Aquella presión fue lo suficientemente elocuente. Se miraron a los ojos a través del cristal del yelmo

Y en aquel momento, Luis hubiera dado cualquier cosa por no llevar aquella redonda caperuza de cristal sobre la cabeza. Por culpa de ella no podía besar aquellos labios jugosos y tentadores que le sonreían llenos de felicidad, ¡Cuanto ansiaba acariciar los oscuros y rizados cabellos! Pero… mientras estuvieran en aquel maldito satélite sin atmósfera…

Yer y Andrés andaban a marchas forzadas. Una idea había cruzado por la mente del segundo. Si el plutolicuocañón era de largo

alcance trataría de derribar la aeronave en que Ricardo Piera y sus compinches se alejarían de la Luna. Pero para ello tenían que darse mucha prisa. Si no cuando llegasen ellos al hangar del profesor Waret, los asesinos ya habrían remontado él vuelo.

—¿Todavía falta mucho?

—No, estamos llegando.

Efectivamente. Tras un monte de altas proporciones, se veía un pequeño hangar.

—Allí es.

Andrés consultó su reloj electrónico. Todavía Ricardo y sus secuaces no habían llegado a la aeronave.

—Corramos.

El muchacho miró significativamente a Andrés. Pero no dijo nada, junto con él emprendió veloz carrera.

Precipitadamente llegaron a la puerta del hangar y Yer hizo funcionar una célula fotoeléctrica, escondida. Las dos puertas se abrieron majestuosamente, ¡La aeronave estaba allí! Un grito de alegría brotó del pecho de Yer. Andrés preguntó:

—¿Dónde está el plutolicuocañón?

—En la parte trasera.

—Enséñemelo.

Los dos dieron la vuelta al pequeño edificio y tras él Andrés vio un cañón de raro aspecto.

—¿Esto cómo funciona?

—Es sencillo su manejo. Basta conectarle el telerradarauditivo y él mismo funciona. Por medio de unas células fotoeléctricas se calcula a sí mismo la distancia y la dirección de la aeronave así como la velocidad y rumbo de la misma. Después por medio de un platillo de tablas reductoras calcula la altura y hace el disparo. Se puede decir que es matemático. Claro que ni mi tío ni nosotros hemos tenido ocasión de probarlo nunca contra aeronaves. Las pruebas que hicimos Con él fue como un cañón cualquiera de artillería de campaña. Los resultados fueron maravillosos.

Andrés no separaba los ojos del cañón; tenía que utilizarlo… si podía. Ricardo Piera y sus asesinos compañeros no saldrían con vida de la Luna, si le daban la más insignificante oportunidad para ello.

* * *

Ricardo Piera cuando salió con sus compinches del palacio-laboratorio, se dirigió a toda prisa hacia el lugar donde Andrés le

indicara que estaba la nave espacial. En su sabia mente, bullía una idea infernal.

—Cuando nos apoderemos de la aeronave, bombardearemos el palacio. Así todos los malditos esbirros del presidente morirán—dijo al general Taylor que iba a su lado.

—Puede que la aeronave que hayan traído no lleve bombas.

—Pero seguro que llevará ametralladoras termonucleares.

—Sí, eso sí.

—Pues con ellas, es lo mismo.

El general sonrió salvajemente.

—Déjame a mí el manejo de las mismas. Tengo ganas de darle gusto al gatillo.

—De acuerdo. Te concedo ese honor.

Caminaron sin detenerse. Ya llevaban más de dos horas y media de camino cuando el científico Max Brichi exclamó:

—Mirad. Allá está nuestra salvación.

La aeronave se recortaba majestuosa en el horizonte. Avivaron el paso. Diez minutos después se abrazaban contentos.

—¡Salvados!—gritaban enloquecidos. Ricardo Piera, más frío que los demás dijo:

—Mirad si llevamos mucho combustible.

—¿Qué dónde piensas que vayamos?

—¿No supondréis que iremos a la Tierra?

—¡No!—exclamaron asustados.

—Pues… he pensado ir hacia algún asteroide. Allí estaremos unos cuantos meses y después nos pondremos en combinación con Plutón. Según tengo entendido está preparándose una ofensiva contra la Tierra. Quizá les interesen nuestros servicios y nuestros conocimientos.

—Muy bien pensado, Ricardo, muy bien pensado—dijo Max Brichi.

Y se marchó a revisar las cargas de combustible. Estaban repletas. Podrían viajar durante meses por el espacio sin consumirlas.

—¡Estupendo!—dijo Ricardo Piera al enterarse—. Es una buena noticia, y ahora, amigos, vamos a decirle adiós a la Luna.

Fueron subiendo a la cámara y Ricardo Piera y el general Taylor se acomodaron en la Carlinga.

El general habló por el dictáfono interior:

—Asíos fuertemente en las anillas. Voy a soltar la primera carga.

Apretó la palanca y un trueno horrísono llenó de ecos la soledad de la luna. Segundos después la nave se elevaba en el espacio.

—Da la vuelta. Vamos hacia el palacio. Hay que ametrallarlo.

—No se me olvidaba, Ricardo.

—Con gran habilidad pulsó las palancas y la gigantesca aeronave obedeció con docilidad.

Desde el hangar del Profesor Waret, Andrés Valero y sus compañeros escucharon perfectamente el ruido que produjo la carga de arranque.

—Ya se remontan—dijo Luis Andersen.

Un segundo más tarde Andrés vio a la aeronave surcar por el cielo despejado. Cuando notó que maniobraba le dijo a Carlos Ponti.

—Mira, ¿puedes saber por qué hacen eso?

—No. El cielo es estupendo. Ni una corriente ni ningún bache.

—Irán a destruir el laboratorio—exclamó Tatiana.

—Puede que tengas razón—le respondió Andrés.

No tardaron mucho en enterarse. El inconfundible tableteo de las ametralladoras termonucleares se dejó oír envuelto en una llamarada colosal. ¡El palacio ardía por los cuatro costados! Pese a su material a prueba de aerolitos las ametralladoras termonucleares habían logrado perforarle y la cantidad gigantesca de productos químicos que había en el almacén hicieron el resto.

Oltra exclamó asustado:

—Desde donde se encuentran pueden vernos. El teleradar nos denunciará.

As! era. Ricardo Piera después de lanzar una carcajada de triunfo al ver volar, hecho añicos el palacio, lanzó una brutal blasfemia.

—Mira—dijo al general—mira en la pantalla.

—¡Malditos sean!—rugió el militar—. Están en un hangar. Y allí veo la aeronave del profesor Waret. ¡A por ellos!

Y cambió el rumbo de la nave.

Andrés conectó el telerradarauditivo del plutolicuocañón. Este se puso en funcionamiento.

Tatiana y el profesor Adam al ver el rumbo que tomaba la aeronave gritaron asustados.

—Nos han visto. Nos destrozarán.

—-¡Silencio!—gritó Andrés—. ¡Conservemos la calma!

Carlos Ponti había perdido el color del rostro. Por décimas de segundo la aeronave avanzaba, muy pronto estaría sobre ellos y las

ametralladoras termonucleares funcionarían de nuevo.

Andrés no separaba los ojos del plutolicuocañón. Todas las esperanzas las cifraba en su eficacia. Débil esperanza en verdad ya que nunca había sido probado.

El largo tubo fue oscilando lentamente. Parecía como si estuviese ciego y desease orientarse. Pero lo hacía diametralmente opuesto a la dirección que tenía la aeronave.

De pronto, el tubo dio una brusca vuelta. Bajó un poco para subir después unos milímetros. Y sin saber cómo brotó de su negra boca una llamarada verdi-azul. El cielo sin nubes de la Luna se tiñó de rojo. Un trueno horripilante sacudió el espacio y los inmensos montes de la Luna lo repitieron con sus huecas y vacías voces. Ante los atónitos ojos de los terrícolas, la nave espacial que, momentos antes cruzaba majestuosa el espacio, volaba descuartizada, fulminada, desintegrada. ¡Había pasado el peligro y Ricardo Piera y sus secuaces ya nunca más volverían a imaginar ninguna revolución criminal!

Tatiana, se abrazó fuertemente a su esposo. Francis, buscó los brazos protectores de Luis Andersen.

* * *

Horas después y respirando tranquilamente una aeronave despegaba de la Luna. En la carlinga, Yer y Carlos Ponti. En la cámara todos sus compañeros reían, hablaban, comentaban... nada enturbiaba su felicidad.

Cuando la aeronave, salió del poder de atracción de la Luna, y comenzó a existir atmósfera, Yer dijo desde la carlinga.

—Ya pueden quitarse los yelmos oxigenantes, pero mantengan los compresores abiertos.

Así lo hicieron. Luis miró a Francis. Por fin la veía sin que se interpusiera aquel cristal.

No se dijeron nada. Lentamente se fueron separando del grupo y en el rincón más oscuro de la cámara se sentaron. Lentamente sus labios fueron juntándose en un beso, largo... largo y apasionado.

Andrés sonrió. Atrajo hacia sí a Tatiana y le dijo:

—Nadie que viera a esa muchacha enamorada podría decir que es la valerosa Francis Dean. La mujer que, gracias a su serenidad, valor e inteligencia, al romper los aparatos generadores de oxígeno del palacio lunar, salvó a la Tierra de una ola de terror, desesperación, miseria y muerte.

Y Tatiana asintió en silencio. Pero ella pensaba que también él, su valeroso y amado marido había contribuido para la victoria final

FIN

INDICE

Págs.

16. —**Energía Z.** ***Profesor Hasley*.**
17. —**Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*.**
18. —**El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*.**
19. —**El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley*.**
20. —**Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*.**
21. —**Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*.**
22. —**Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
23. —**La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
24. —**El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*.**
25. —**El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***
1. —**El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*.**
2. —**Mensajes de muerte,** ***Karel Sterling*.**
3. —**Motín robótico.** ***Joe Bennett*.**
4. —**Cita en la Luna,** ***Van S. Smith.***
5. —**Misterio en la Antártida,** ***Larry Winters.***
6. —**Cosmoville,** ***Joe Bennett*.**
7. —**Ataúdes blancos de Oberón,** ***Karel Sterling.***
8. —**Nosotros los marcianos,** ***Karel Sterling*.**
9. —**El doble fatal.** ***Joe Bennett*.**
10. —**La ruta perdida,** ***Karel Sterling*.**
11. —**Embajador en Venus,** ***Van S. Smith*.**
12. —**El astro prohibido,** ***Joe Bennett.***
13. —**Niebla alucinante. C.** ***Aubrey Rice.***
14. —**La hierba del cielo,** ***Joe Bennett*.**
15. —**¡Nos han robado la Luna!,** ***Joe Bennett.***
16. —**Rutas Ignoradas, J.** ***Negri O'Hara.***
17. —**Un cadáver en el aerolito,** ***Henry Keystone.***

1. —**La Diosa de Venus,** ***Joe Bennett*.**
2. —**Condenados a morir,** ***Joe Bennett.***
3. —**La barrera de las sombras,** ***A. S. Jacob.***
4. —**Las huellas conducen... al Infierno,** ***Van S. Smith.***
5. —**El Planeta de nadie,** ***Henry Keystone.***
6. —**Regresaron dos muertos,** ***Joe Bennett***
7. —**El mundo de los seres condenados,** ***J. Negri O'Hara***
8. —**El Planeta maldito,** ***P. Danger.***
9. —**Asesino Interplanetario,** ***Henry Keystone.***
10. —**Extraños en la Tierra,** ***Van S.*** **Smith,**
11. —**Marionetas humanas, Vic Adams**
12. —**La nave pirata,** ***Joe Bennett.***
13. —**Los aventureros de Júpiter,** ***Joe Bennett.***
14. —**Cuatro a Mercurio, Peter** ***Kapra.***
15. —**Donde empieza el límite. J.** ***Negri O'Hara.***
16. —**La onda invencible,** ***Joe Bennett.***
17. —**Eratom 225, Prof.** ***Hasley.***
18. —**Después de la hora final,** ***Van S.*** **Smith.**
19. —**Bases submarinas, J.** ***Negri O'Hara.***
20. —**Nieblas blancas, P. Danger.**
21. —**Submares de muerte.** ***Joe Bennett.***
22. —**La espacionave del terror.** ***Joe Bennett.***

23. **—Las estrellas amenazan,** ***Van S. Smith.***
24. **—Rebelión en la galaxia, V.** ***A. Carter.***
25. **—El umbral de la Antártida,** ***P. Danger.***
26. **—Los hombres del más allá. P.** ***Danger,***
27. **—Bloqueo en el espacio.** ***Ray Kualiter.***
28. **—La muerte azul,** ***V. A. Carter.***
29. **—Un mensaje en el espacio,** ***Van S. Smith.***
30. **—Viaje hacia la muerte,** ***Prof. Hasley*****.**
31. **—¡Descohesión!, P.** ***Danger.***
32. **—La nueva raza,** ***V. A. Carter*****.**
33. **—El extraño viaje del Dr. Main.** ***Van, S. Smith*****.**
34. **—Venus llama a la Tierra,** ***Van S. Smith.***
35. **—Sonidos silenciosos de Venus,** ***V. A Carter.***
36. **—La ruta de los pantanos, P.** ***Danger.***
37. **—¡Ayúdanos, terrestre!, V A.** ***Carter.***
38. **—Polizón en el espacio,** ***Edward Wheel*****.**
39. **—El nuevo poder,** ***Van S. Smith***
40. **—Prisión cósmica, V. A. Carter.**
41. **—El misterio de la misión Silverton,** ***J. Negri O'Hara.***
42. **—Intrusos siderales.** ***Van S. Smith.***
43. **—La Tierra no puede morir, V.** ***A. Carter.***
44. **—La amenaza sin nombre, P.** ***Danger.***
45. **—Luna ensangrentada,** ***Van S. Smith.***
46. **—Diablos de la Ionosfera,** ***Van S. Smith*****.**
47. **—Viaje al infinito,** ***P. Danger.***
48. **—Cargamento para el infierno,** ***V. A. Carter.***

J AIM IT O

**La publicación infantil más graciosa
e interesante**

PUBLICA MENSUALMENTE

SÉLECCIONES

DE JAIMITO

**un extraordinario con
36 PAGINAS**

Rebosante de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, sÉleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDÉLA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

NUNCA ÉL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE
Y U K I
ÉL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

Los títulos publicados:

YUKI ÉL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DÉL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
ÉL PUENTE TRAGICO
APARECE “TORO BRAVO”
LA CÉLADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN ÉL GRAN EXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRAFICAS

¡La radio no funciona!

Esta fue la primera noticia que tuvo la Tierra de que se estaba preparando una invasión contra la que no había defensa posible.

¿Había terminado así la grandeza del Hombre?

En pocos días la Humanidad era transportada a las remotas profundidades galácticas para ser sujeta a una esclavitud sin esperanza...

CAUTIVOS DE VOIDAN

En esta magnífica obra, escrita por el magistral

V. A. CARTER

un puñado de terrestres se encuentran enfrentados al más colosal Imperio que contemplaron los tiempos, en una lucha sin esperanza.

CAUTIVOS DE VOIDAN

¿Cuál será su final?

¡No deje de adquirir esta novela que le deleitará con un relato dinámico y emocionante ccmo pocos, según nos tiene acostumbrados ya su prestigioso autor!

Aparecerá en el próximo número de la inigualada Colección...

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA — *Precio:* **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As.